

Esta vida tan efímera, esa muerte tan eterna

Para Óscar Velásquez, María Eugenia Cardona y todo el equipo de la Clínica del Dolor, al igual que para Eugenia Jaramillo y Marta María Arango, quienes supieron mostrarnos que el más eficaz saber médico y profesional sobre el cuerpo y sus enfermedades, puede estar acompañado del más hondo y comprometido sentido de humanidad y afecto.

Para Silvia Pérez, Ángela Castro, Isabelita Tobón y Mariela López, que refrendaron el inmemorial valor de la amistad, generosa en compañía, solidaridad y ternura, y que le propiciaron al ser amigo que le fueran menos difíciles las difíciles horas postreras.

Para todos ellos la perpetua gratitud mía y de mis hermanos.

A la memoria de mi amada madre

Advertencia

Estas páginas quieren hablar de la muerte, de ésa que es un destino inevitable para cada uno, quiéralo saber o no. Peor para quien, como el avestruz que esconde la cabeza buscando engañarse a sí mismo respecto a la existencia del peligro, cree que porque no piense en la muerte ésta dejará de cumplir, rigurosa, la cita con él. Y, dice la conciencia ingenua, ¿para qué pensar en la muerte, qué sentido y qué valor puede tener hacer esto si con ello no se la derrotará tampoco? A esto hay que responder: no se piensa en la muerte para triunfar contra ella — al fin de cuentas ella es el amo absoluto, y tarde o temprano a todos y a cada uno, incluso a la especie toda en las lejanías del porvenir, nos ganará la batalla y nos sumirá en la Nada inapelable—; se piensa en la muerte para tener un mayor aprecio por la vida y una mejor perspectiva sobre ella. Porque al que no piensa la muerte — por cobardía ante la angustia que le produce —, le sucede lo que al visitante a un museo que no escucha — o no quiere escuchar — que en media hora cerrarán y en lugar de poder dedicar ese tiempo precioso a gozar de las mejores y más bellas obras que allí se exhiben, se dedica, por su falta de conciencia sobre lo limitado del tiempo de que dispone y sobre su agotamiento inexorable, a contemplar el lindo acabado que muestran los baños o el impecable uniforme que portan los vigilantes.

No se piensa en la muerte ni para entregarse a esa forma de anticipación de ella que es la depresión ni para pretender derrotarla; se piensa en la muerte para enaltecer la vida, para jerarquizar valorativa y significativamente las acciones y realizaciones a las que elegimos entregarnos en el tiempo finito que nos es dado existir. Se piensa en la muerte para definir mejor qué obras y qué goces preferimos alcanzar en la temporalidad terminal que nos quepa en suerte, para tener conciencia del bien inapreciable que constituye cada minuto que nos depara y para reconocer y asumir el maravilloso y múltiple estallido de significaciones, sensaciones y sentimientos que nos ofrecen el ser, el mundo y la existencia. Dicho de otra manera: se piensa en la muerte para tratar de lograr, en lo personal y en lo colectivo, la mejor vida posible y para que, como dice ese gran poeta nuestro que es Carlos Framb, sepamos responder al prodigio de ser con una sincera acción de gracias.

ACCIÓN DE GRACIAS

Qué Cosmos es éste, que hasta la flor más breve da perfume, y nada hay tan pequeño que no haya sido engendrado entre esplendores; un Cosmos que se deja admirar y conocer; que permite a nuestro espacio esa rara cualidad: la curvatura, y consiente la increíble ubicuidad de pi. Otras geometrías acaso habrá que no sabemos.

Qué azar es éste, el de morar en un fértil Universo cuyos mundos comparten la virtud potencial de hacerse piel inteligente; en cuyo abismo urden los seres tan profuso y enigmático tejido; en cuyo tórax de galaxias que se expande y que se enfría, crepita aún la llama temblorosa de mi humano corazón.

Es mi asombro que tuviera cada cosa su existencia, cada cual su propio rostro, cada uno su nombre y un destino; que observaran los arroyos el mandato inagotable de fluir, perpetuara la rosa en cada brote su misión de florecer, y armonizara de tal modo el polen con la abeja y con el viento.

Es mi alegría que tuviera la materia que soy el atributo de tornarse en poesía; que del fuego original y sus pavesas emanase este día de perfecta desnudez y luminoso Paraíso; que en el cósmico espumar de la entropía irrevocable prosperara esta página fugaz de acción de gracias.

Carlos Framb

Pero, ¿cómo, si se quiere invitar a reflexionar sobre la muerte para cobrar una mejor conciencia acerca del valor de la existencia, no decir en esta ADVERTENCIA unas palabras sobre la importancia que tiene pensar la muerte precisamente en un país como Colombia, en el que se la ejecuta de manera tan frecuente y profusa y por voluntad de alguien que, legitimándose imaginariamente desde cualquier ideal del que está embargado o entregándose a una rivalidad con su semejante que no se sabe contener en los cauces de esa ley suprema — fundante de toda cultura, según enseñan la antropología y el psicoanálisis — de “No matarás”, decide arrogarse el derecho a poner fin a la existencia de otro ser humano, como si éste fuera un gesto simple y anodino, como si con esto no se realizara lo más grave de todo: suspender *para siempre* una vida única e irrepetible que no podrá ya consumir las posibilidades que le deparaba un tiempo de existencia que sólo la naturaleza o la voluntad del propio individuo tenían el derecho a poner fin?

En este sentido cabe observar que, a efecto de alcanzar un respeto por la vida surgido de la conciencia de la muerte como cesación absoluta, todas las creencias en trascendencias metafísicas, sean las cosmológicas con sus reencarnaciones o las religiosas con sus resurrecciones — todas fomentando la ilusión de que en el hombre hay algo inmortal, es decir, fuera de la muerte —, son contraproducentes, ya que su prédica de otra vida es tanto como si dijeran que, estrictamente hablando, la muerte no existe y, por tanto, que no es tan grave perder *esta* vida dado que siempre queda *otra* e, incluso, que esa otra es la *verdadera*. Seguramente quien acepta que la muerte tiene un carácter absoluto y que no hay ningún “más allá”, toma más en serio y con mayor respeto y delicadeza la vida, a la manera como quien al contemplar el desplegar de los colores y formas de una bella flor, precisamente porque sabe que tal esplendor no estará ahí para siempre, se apresta a no estropearlo y a disfrutarlo de la mejor manera posible.

En Colombia se mata fácil, muy fácil, terriblemente fácil, y si bien en el origen de esto hay una trama de causas muy compleja — sociales, políticas, culturales, etc. —, también cabe decir que esta facilidad con la que se ejecuta la muerte en Colombia indica una desvalorización, conciente o no, de la vida — seguramente no sólo de la ajena sino de la propia —, lo que está facilitado por la renuencia a pensar la muerte, por la negativa a filosofar lo que somos. En todo caso, si para explicarse este alud de muerte que arrasa a nuestro país

hay que tejer muchas causas, lo que sí se puede aseverar es que una sociedad que no piensa la muerte se hace más propensa a actuarla o, dicho a la inversa, cuando una sociedad le da cabida en su discurso y en su reflexión a la gravedad de la muerte y de lo que ella representa de definitivo, seguramente se inclinará menos a actuarla. Por eso, porque precisamente en Colombia se aligeró el hecho de la muerte, es urgente pensar en ella para que el filosofar le devuelva el espesor y la gravedad que impida que se la ejecute tan fácil e irresponsablemente y para que, en su lugar, se aprenda a tomar la vida — incluso en sus mayores dificultades y en sus más difíciles conflictos — con delicadeza y cuidado.

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS

*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos —
esta muerte que nos acompaña
desde el alba a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un absurdo defecto. Tus ojos
serán una palabra inútil,
un grito callado, un silencio.
Así los ves cada mañana
cuando sola te inclinas
ante el espejo. Oh, cara esperanza,
aquel día sabremos, también,
que eres la vida y eres la nada.*

*Para todos tiene la muerte una mirada.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como dejar un vicio,
como ver en el espejo
asomar un rostro muerto,
como escuchar un labio ya cerrado.
Mudos, descenderemos al abismo.*

Cesare Pavese

Temporalizar la muerte

Acostumbramos pensar que la expresión “el ser humano es un ser histórico, esto es, es un ser que cambia de forma en el tiempo” sería válida únicamente para los dominios económicos, políticos y sociales, pero que allí donde se da lo más esencial del individuo (por ejemplo, el amor, la sexualidad y la muerte), ya en esto no habría historicidad sino que estaríamos ante sentimientos, actitudes, incluso ante ideas eternamente las mismas, es decir, carentes de modificación: el amor sería un sentimiento incólume en el tiempo, la sexualidad obedecería a una naturaleza que se reiteraría desde la atemporalidad de un instinto, la muerte tendría idéntico lugar en el hombre trascendiendo las épocas. Pues bien, esta manera de ver las cosas está en entredicho actualmente y con los aportes de saberes como el psicoanálisis, que refuta cualquier determinación del instinto y en general de la naturaleza, en la configuración del sujeto y de la historia de las mentalidades que sondea en los rasgos colectivos no concientes que se dan a lo largo del tiempo, hoy se ha avanzado hasta reconocer y entender que también estas instancias de la vida humana están talladas por el cincel de la historia, es decir, que allí también el ser humano está sometido a procesos de cambio, de tal manera que *nada* en su ser, ni siquiera el amor, la sexualidad o la muerte, es lo mismo en todos los tiempos y lugares. En pocas palabras: *todo* en el ser humano está sometido a la determinación de las formas y las transformaciones históricas. Hasta en lo más íntimo somos hijos del tiempo en que nos fue dado en suerte existir.

Hablando ya puntualmente de la muerte hay una historia de ella en nuestra cultura occidental, que ha comenzado a ser rastreada por estudiosos del tema, tal es el caso de Philippe Ariés y de Norbert Elias, de quienes soy deudor en la visión sintética que a continuación ofreceré sobre el devenir de las actitudes ante la muerte que ha caracterizado a Occidente en los últimos mil años.

I

Lejanamente, en los siglos que anteceden al siglo XII, la actitud que caracterizó a la gente en Occidente frente a la muerte era la de una resignada aceptación de su ineludible acontecimiento para todos. Morir era asumido como algo doloroso y no deseable, pero sí soportable, favorecido esto seguramente por la firme creencia en un “más allá” que permitiría al hombre seguir siendo para la eternidad, con lo que estrictamente — y es el beneficio imaginario que provee la creencia religiosa —, la muerte quedaría doblegada,

haciéndose así más fácil aceptar la terminación de los días en la tierra. Por eso, en aquel entonces y a diferencia de nuestra época, lo terrible era que no se pudiera anticipar la visita de la muerte, pues sólo anunciando su llegada podría la persona organizar las cosas del “más acá”, condición de lo más importante para ella: poder poner en orden sus cosas del “más allá”.

En tales siglos, si no se moría en una guerra o en una trifulca de vecinos, se moría en casa y con los suyos, en la propia cama, adoptando tal evento visos públicos, pues acaecía rodeado de los familiares y de los vecinos con los que se había acompañado o disputado a lo largo de la vida. Tendido en su cama, en una espera sin dramatismo o emociones exaltadas, quien estaba señalado por la muerte transitaba una serie de disposiciones ritualizadas que comenzaban con una evocación, apesadumbrada pero discreta, de las personas y cosas que amó en su existencia, proseguían con el perdón mutuo entre él y cada uno de quienes lo acompañaban rodeando su lecho, se continuaban con el acto de encomendarse a Dios e invocar su perdón y misericordia y terminaban con la absolución que recibía de parte del sacerdote, personaje éste que era en aquel tiempo secundario en la escena que se desplegaba en la habitación, pues el protagonista principal en esos preámbulos de la muerte era el propio moribundo.

Otro rasgo de la actitud de entonces ante la muerte era la coexistencia espacial de vivos y muertos, la misma que habrá de prolongarse hasta el siglo XVIII. Esta contigüidad de vivos y muertos comenzó con el culto a los mártires y con la creencia de que el enterramiento cerca de ellos — que habían sido sepultados bajo los altares y en los lugares adyacentes a éstos en las iglesias — purificaría y ayudaría a la salvación. En función de esta proximidad a los mártires o al altar en que se reverenciaba a la Virgen o al Santo Sacramento, el atrio de la iglesia hacía las veces de cementerio, sin desmedro de que fuera también ese lugar público donde la gente comerciaba, bailaba, jugaba o simplemente estaba junta, permitiéndose así una gran familiaridad de los vivos con los muertos.

II

No obstante, a partir del siglo XII comienzan a darse sutiles modificaciones en la actitud occidental frente a la muerte y de esa familiaridad con ella se irá

pasando a una vivencia dramática y personal con la misma. Hasta este momento el hombre aceptaba la muerte como un designio ante el cual no se forjaba la idea de evitarlo, designio que si bien señalaba a cada uno, ponía en juego principalmente un destino colectivo de la especie. Es esto último lo que desde los siglos XI y XII se comienza a modificar, introduciéndose la vivencia de la particularidad de cada individuo. Así, entonces, el Juicio Final se empezará a concebir como un llamado a cuentas uno por uno, antecedido por la muy decisiva voluntad del individuo para responder, en su lecho de agonía a las tentaciones que le pone el demonio o al camino de reconciliación que le ofrecen los ángeles. De la misma manera, la particularidad de cada individuo frente a la muerte se enfatiza con la proliferación de los temas macabros en la iconografía y el interés por las imágenes de la descomposición que aguarda al cuerpo, lo que le recuerda al individuo lo inútil de todas las vanidades con las que engalana la vida.

Si en los primeros siglos del cristianismo lo decisivo para la salvación era pertenecer a la Iglesia — y de ahí la importancia del sacramento del bautizo —, a partir del siglo XII la responsabilidad por el destino ulterior se hace recaer en el individuo, que obtendría una sentencia acorde con el balance que mostrara su vida, con las obras buenas y malas, con los perdones logrados — y por eso el lugar decisivo que comienza a ocupar el sacramento de la confesión —, es decir, con los hechos de su biografía particular y de manera muy significativa con su voluntad postrera, por la que opta o por rechazar la tentación, con lo que borrarán los pecados de toda su vida o por ceder a ella, con lo que anulará todas sus buenas acciones. Para los siglos XIV y XV ya se asume que cada uno tendrá la eternidad de que lo haga merecedor la vida que hizo, siendo el sentido de ésta fijado de manera definitiva en esos momentos, ahora dramáticos y emotivos, cuando el moribundo, todavía personaje central del morir, responde en su lecho a la tentación de Satanás. De ahí que por estos años comenzaran a propalarse las “*Artes moriendi*” o formas del buen morir, mediante las cuales se ofrecían instrucciones para que en los momentos finales el cristiano supiera dar los pasos que lo condujeran a Dios.

Conciente de una muerte que lo abrazará en su más cara individualidad y lo volverá cadáver putrefacto, sabedor de que era un muerto a plazo fijo, además de breve, y de que la muerte, siempre presente en él, eliminaría sus dichas y placeres, el hombre de finales de la Edad Media desarrolló una intensa pasión por vivir, un amor desaforado por las personas, los animales y las cosas. La

conciencia de que estaba destinado a una muerte más o menos inminente, la atención volcada a las conductas, sentimientos y pensamientos de su vida y el apego a los seres y a las cosas que le deparaba su existencia, son tres aspectos que interrelacionó el hombre de la segunda mitad de la Edad Media, del siglo XII al XV.

El reconocimiento que en esta época se hace del inevitable destino mortal que determina a cada hombre, fue, por rebote, inductor de una gran conciencia de sí mismo y de una valoración de la individualidad que se era. Una prueba de esto es el interés que desde el siglo XII se comienza a manifestar por la individualización de las tumbas, rasgo que ya se había dado en la Roma antigua, pero que desde el siglo V de nuestra era había comenzado a diluirse. Sin embargo, desde aquel siglo las tumbas llevarán inscripciones funerarias y también, por lo menos entre los poderosos, reproducciones del rostro del difunto. Las lápidas, que se hacen frecuentes en los siglos XVI, XVII y XVIII serán formas de individualizar el lugar de la sepultura y de perpetuar con éste el recuerdo del difunto. Ésta es, pues, una época en la que el hombre occidental lleva a cabo una operación de mentalidad por la cual, a cambio de reconocer su propia muerte, logra, de un lado, redescubrir la experiencia de su individualidad y, de otra parte, valorar la dicha de existir.

III

Si antes del siglo XII primaba una aceptación resignada de la muerte como destino colectivo de la especie — que se podría sintetizar en la expresión “*Todos moriremos*” — y si a partir del siglo XII dio comienzo una valoración de la vida a partir de un reconocimiento de la muerte propia — que se podría decir como “*Yo moriré*” —, desde el siglo XVIII el hombre occidental desarrolla otra sensibilidad ante la muerte: la exalta y la dramatiza, pero ya no como muerte propia, sino en tanto muerte ajena — lo que podría enunciarse como “*El otro muere*”—, es decir, como la muerte de alguien que no es él pero, hay que precisarlo, con quien lo ligan lazos de afecto. Se reconoce la relación amor-muerte como un dolor infligido por ésta en forma directamente proporcional al monto de aquel que se guardaba en vida por el que se ha ausentado para siempre. Muy simple: mucho amar a alguien determina mucho dolor por su muerte. Esta época que se abre a partir de fines del siglo XVIII y que con el romanticismo exaltó el valor del amor para el individuo, tenía como

obligatorio correlato que exacerbar la sensibilidad ante la desaparición de los seres queridos, incluso hasta el extremo de desplegar una intolerancia total ante la muerte. Pero, precisamente por el impacto que ésta producía al desgarrar un amor, se dio un paradójico efecto que vino a coexistir con el del repudio del que comenzó a ser objeto, y fue volverla algo anhelado en tanto ella sería, con la expresión del dolor que desataría, la mejor medida del amor que habría alcanzado la persona en vida.

Una prueba del cambio que se opera a partir del siglo XVIII en la actitud ante la muerte y que consiste en la importancia que cobra el otro — cercano en términos afectivos— y la conmoción frente a su desaparición, la brinda la realización del testamento. Hasta el siglo XVIII la muerte era asunto de quien se sentía amenazado por ella y por eso era él y sólo él quien tenía que ocuparse de sus preparativos y hacía del testamento la expresión de sus ideas, sentimientos y voluntades. Era el propio individuo el que debía ocuparse de velar por su memoria en los demás y por hacerse a las garantías de rogativas e indulgencias necesarias para su viaje al “más allá”, incluyendo en su testamento donativos para la Iglesia que se ocuparía de mediar por él ante el Supremo. A partir del siglo XVIII se presenta un cambio en la redacción del testamento: ya el testador sólo se ocupa de la parte económica, pues se supone que de todo lo demás se encargará su familia gracias al afecto que le guardará.

Otra prueba de este cambio valorizador del ser querido que se ha perdido es la importancia creciente que, a partir de fines del siglo XVIII, cobra el culto de las tumbas y el cementerio como lugar de visita. El respeto que los vivos guardan por sus muertos se expresa en la importancia de la tumba como signo del ser querido, del anhelo de recuperar su presencia y de la negativa a aceptar su radical desaparición. En fin, la certeza dolorosa: “*muere el otro*”, se expresa en la edificación y cuidado de esa especie de ciudad de los muertos que es el cementerio, hecho para ser visitado y que propicia que el difunto alcance esa forma de la inmortalidad que es el recuerdo de los demás.

IV

Pero un nuevo cambio en la actitud ante la muerte comienza a presentarse en la sociedad occidental a partir del siglo XX, cambio que consiste en un gran rechazo de ella, en una negación sistemática de su lugar en el hombre y de su

condición de destino para todos y para cada uno. Así las cosas, diferenciándose de los siglos precedentes que, aunque indeseable, habían aceptado la verdad ineludible de la muerte para el ser humano, el siglo XX ha promovido una prohibición sobre ella que ha terminado por volverla un objeto vergonzoso, expulsado de la conciencia y del discurso. Esa centuria comenzó a tratar la verdad de la muerte como un problema que debe ser ocultado para no ensombrecer el propósito que anima a cada persona de hacer una vida feliz, pues la lógica de la cultura dominante de esta época reza que si — acorde con su concepción negativa de la felicidad como aquel estado caracterizado por la ausencia de dificultad, sufrimiento o angustia — el ser humano debe ser feliz, entonces la muerte — dolor por excelencia — no puede existir. Y para lograr tal certeza, el hombre de nuestra época, incluidos muchos que se ufanan de una formación profesional tecno-científica, apela al antiquísimo recurso de la magia: si algo no se piensa, algo no es. Curiosa y costosa hibridación que hace nuestro tiempo: racionalidad y magia, racionalidad para la eficacia instrumental, magia para las angustias humanas.

La economía vital que encierra esta actitud es clara aunque ingenua, es simple aunque dañina (hasta el extremo de deshumanizante): si se niega la muerte se alivia al ser humano de cargas dramáticas y del dolor que acarrea la pérdida de grandes pesos afectivos, pero para poder sostener la negación de la muerte se debe no sentirla y para eso el mejor camino es no querer mucho al otro en vida, pues quien así lo hace recuerda poco y olvida pronto a quien ha muerto, economizándose entonces el dolor que proviene de reconocer y recordar la pérdida inapelable de alguien que fue importante y significativo para el ser propio.

De ahí que esta mentalidad que promueve “tener la muerte a distancia”, fomenta no morir en casa y con los suyos, sino en el hospital, en la soledad del entorno médico-burocrático. Además, la muerte hospitalizada permite, gracias a la confianza en la omnipotencia tecnológica de la medicina, la ilusión, para quien está en las postrimerías y para sus allegados, de que no está muriendo sino que simplemente se está enfermo y a la espera de la curación, con lo cual la muerte se vuelve un fenómeno técnico y el médico se exalta, en la sociedad actual, al lugar de gran soberano del tiempo último de un ser humano y gran decisor de su proceso de morir. Ese moribundo que hasta el siglo XVIII había sido el personaje central de su propia muerte, soberanía que luego, en el siglo XIX delegó en su familia, ahora debe someterse al primado del médico, quien

se arroga el derecho a decidir cuándo y cómo muere. No obstante, aunque este imperio del médico sobre la vida y la muerte del individuo es la realidad predominante en nuestros días, comienza a pronunciarse una tendencia que propende por retornar la soberanía sobre su muerte a cada persona, no sólo en el tiempo de la decadencia física, sino en cualquier momento de la existencia, basada tal decisión del individuo en un criterio radical: la dignidad de la vida como asunto de sentido propio, no como valor asignado desde una exterioridad trascendental.

El valor de la vida propia como asunto inmanente al hombre, presupone establecer que Dios, como garante de lo trascendental, no es sino una *creencia*, ni siquiera una hipótesis, pues una hipótesis es una afirmación que se puede demostrar o refutar, cosa que no es posible con Dios; pero si Dios no es sino una creencia, quienes quieren asentar allí la dignidad de la vida desconocen a quienes no disponen de dicha creencia ni requieren de ella para hacer una vida respetable y respetuosa y que se reclaman como soberanos para decidir de su propia muerte fundamentados en otro principio: que su vida tenga y haga sentido. Ese cambio que empieza apenas a anunciarse en nuestros días y que apunta a devolver, sobre otra base, la soberanía sobre su muerte a cada individuo, señala la necesidad de proveernos culturalmente del respeto a muy diversas éticas, sin que ninguna pretenda ser hegemónica, pues, para poner un caso, ¿quién lo puede obligar, así uno haga parte de una minoría respecto a las convicciones éticas, a sostener una vida no deseada, acudiendo a un criterio de dignidad, por ejemplo Dios, que uno no comparte? Es evidente que quien obliga a otro a pervivir contra su voluntad, su deseo y sus criterios de dignidad para la existencia propia, ejerce un poder despótico por más que lo recubra de un supuesto humanismo. Y si los que creen que la vida es digna porque Dios la proveyó llaman a la eutanasia homicidio misericordioso, los no creyentes que fundan la dignidad de la existencia en *su sentido* para el propio sujeto, bien podrían llamar al acto de oponerse a la eutanasia amoroso sadismo.

Según el propósito de negar la muerte que prima en nuestro tiempo, se busca esconder las emociones (en todo caso, que si se presentan sea en privado), de tal manera que en el lecho de muerte, en su alrededor y en todos los actos fúnebres no haya expresiones dramáticas y conmovedoras y la palabra quede sometida a la máxima discreción, lo que debe acompañarse de los procedimientos necesarios para que el cadáver desaparezca cuanto antes y,

así, la muerte se advierta lo menos posible. En esta misma línea de negación suya se encuentra el encubrimiento que de ella se hace a los niños bajo el argumento de evitarles una impresión traumática, la anulación del tiempo y de las prácticas del duelo, la abolición de la sepultura en beneficio de la incineración y, por tanto, la desaparición de la visita a la tumba. El propósito que hoy se impone es: *que nada quede del muerto*.

Es evidente que en nuestro tiempo la muerte ha remplazado a la sexualidad como tema tabú para el pensamiento y el discurso. Ella es el objeto por excelencia reprimido en la cultura contemporánea. Incluso cuando algunos sectores profesionales — médicos, enfermeros, etc. — se reúnen en congresos, suele ser común que hablen de la muerte, negándola no obstante en los hechos, pues piensan en rigor que el fin no existe y que sólo se trata de un “pasaje” a otra forma de existencia, de donde se puede derivar que muchos de ellos tratan al moribundo y lo asisten sin creer que la muerte se da como la tragedia de cesación absoluta de una vida y que se entregan a ilusiones de perpetuidad y omnipotencia de pura raigambre metafísica. Pero esta actitud de los “expertos” en su manejo no es sino el eco de la mentalidad general de la época que quiere hacer de la muerte lo innominable para poder sostener la ilusión de que somos no-mortales. Mentalidad de nuestra época ante la muerte que, por los efectos que suscita y que afectan nuestra forma de ser y de existir, merece que nos detengamos un poco más en ella.

V

Toda vida está destinada a un fin, pero el ser humano es el único que tiene conciencia de ello y, a partir de esto, el único que se angustia por su acontecimiento, de un lado, y que asigna un valor y un sentido a su existencia, de otro. La muerte, en consecuencia, sólo es un problema para los vivos...humanos y, por ello, tanto a nivel de sociedad histórica como de subjetividad, ha sido menester darle un lugar y elaborar una actitud frente a su devastadora realidad. Si la muerte significa la disolución del individuo, éste — o la sociedad — puede responder a ello con la ilusión de la inmortalidad o no pensando en ella, imaginando que así se desvirtuará su realidad; pero hay una tercera respuesta posible: mirarla de frente y aceptarla. De todas maneras, el fin de la existencia representa para todo hombre una instancia de particular

dificultad y, para aliviar ese desenlace inevitable, siempre son necesarias la atención y la compañía del otro que así ayuda a menguar el dolor físico y el sufrimiento moral de quien se halla en las postrimerías. Pero en nuestra época, precisamente por esa negativa a reconocer la muerte, esas metáforas de la finitud que son los enfermos y los ancianos son objeto de aislamiento y de ruptura de los lazos de fraternidad, llegándose a percibir el estar enfermo o el estar viejo como asunto de vergüenza y como motivo para la marginación.

Por esa misma necesidad de negar la muerte, nuestra época, que desalienta cualquier identificación con el enfermo o con el anciano, exalta como valores superiores los más opuestos a esas verdades del ser humano en su destino, que son la fragilidad y la decrepitud: la salud, la belleza y la juventud, que se promueven como ideales anti-muerte de parte de una cultura que nada quiere saber de la quebradiza y finita condición humana. La exaltación de la salud — que permitiría suponer un cuerpo sin fisuras por donde se pudiera colar la muerte —, de la belleza — imagen de la exuberancia vital que hace olvidar una carne destinada al decaimiento — y de la juventud — emblema de la muerte tenida a la distancia —, se da a la par de una disminución del poder de las creencias tradicionales, particularmente de las religiosas, que ayudaban a aliviar el peso de la muerte mediante la ilusión de la inmortalidad que aguardaría en el “más allá”, pero también de una mayor defensa frente a ella, producto de dos significativos logros históricos de nuestra cultura: el desarrollo del conocimiento científico-técnico sobre el cuerpo y sus enfermedades, y los avances civilizadores, así sean relativos, que propenden por una centralización de la fuerza en el Estado legítimo, creando un fuero de derechos y garantías del individuo frente a la potencial agresividad de que pudiera ser blanco por parte de los demás, pero sometiendo la suya, también, a una regulación que constituye un sistema de deberes, y, como otro importante logro del proceso civilizador, la instauración de reglas morales que propenden por suavizar las relaciones entre los individuos, haciendo más delicado su trato y menos propensas las relaciones al desenfreno de las fuerzas o actitudes destructivas.

Pero — unas por otras — esta mayor sensibilidad que la civilización ha forjado por el individuo y su integridad, ha ido acompañada de un relativo distanciamiento entre las personas, sobre todo si no son del mismo círculo familiar, que se tradujo en un avance de la indiferencia por la muerte del otro y en un retroceso del espíritu de compañía entre los seres humanos o, si se

quiere decir de otra manera, el proceso individualizador ha arrastrado consigo — cosa que no necesariamente tendría que ser así — una pérdida de lazos de solidaridad y fraternidad entre los hijos de la sociedad occidental de nuestros días. Esta tendencia que se ha ido imponiendo en nuestra historia se suma, habida cuenta del deseo de no querer saber nada de la muerte, al silencio que se impone en todo lo relativo a ésta, configurándose así el estado de soledad relativa a que se condena todo aquel que entre nosotros está en trance de morir. Nos hemos quedado sin palabras y sin lenguajes para con el morir y la muerte y por eso el moribundo se queda sin la expresión de un afecto que le permita sentirse acompañado. Devaluadas las formas convencionales de expresarse ante la realidad del fin último, el individuo se ve obligado a inventar una expresión para un sentimiento que en todo caso se le pide no lo manifieste ni como demasiado intenso ni como demasiado profundo.

Esa dificultad de expresión y comunicación ante el insondable hecho de la muerte y la merma del valor del otro que, desde la empobrecedora ilusión de autosuficiencia, ha seguido el tipo de individualización que se ha impuesto entre nosotros, condujo a que cada uno, frente a lo más esencial suyo esté conminado a una difícil y dolorosa soledad. Una época que ha trivializado los lazos amorosos, devaluado los de amistad y resquebrajado las formas de sociabilidad, promoviendo un tipo de individualidad — y digo bien: *un* tipo, pues es perfectamente posible que el logro de la individualidad se realice sin degradar el necesario y enriquecedor vínculo con el otro —, asentado en la ilusión de ser causa y fin de sí mismo y que tiende a reducir al semejante sólo a la dimensión funcional en que muestre alguna utilidad, desconociendo en éste su lugar de sujeto significativo y promotor de identificaciones, es una época que cava una gran soledad en cada uno, sobre todo frente a sus más esenciales y difíciles experiencias.

En fin, esos rasgos que nos caracterizan a los occidentales de hoy frente a la muerte: la desaparición del cadáver y la abolición de la tumba, la conversión del cementerio en un “jardín” y la represión de la tristeza, la angustia y el sufrimiento ante la muerte del otro, que se traduce en una aisladora inexpresividad ante hecho tan extremo y crucial para el ser humano, estos rasgos, decía, conducen a borrar los signos del muerto, a no pensar en él, a no recordarlo ni por sus huellas afectivas ni por sus marcas significativas por parte de quienes lo sobreviven, y una cultura que devalúa al recuerdo o que recuerda mal a quienes han partido para siempre, los somete a la violencia de

una doble muerte, pues los mata en el único lugar en que podrían subsistir tras haber expirado: en el recuerdo de los demás. Una cultura así, qué duda cabe, está en mora de reevaluar lo que está haciendo y siendo con la muerte, lo que implica reevaluar lo que está haciendo y siendo con la vida.

CIRIOS

*Los días futuros se levantan ante nosotros
como una fila de pequeños cirios encendidos,
pequeños cirios dorados, cálidos y vivos.*

*Los días pasados permanecen entre nosotros,
triste hilera de cirios apagados.
Los más recientes humean todavía,
cirios fríos, fundidos e inclinados.*

*No quiero verlos; su aspecto me aflige.
El recuerdo de su antigua luz me daña.
Y contemplo delante mis cirios encendidos.*

*No quiero ni volver la cabeza
ni constatar, temblando, cuán rápido
la sombría hilera se alarga,
cuán pronto los cirios apagados se multiplican.*

Constantino P. Cavafis

Pensar la muerte

I

Más allá de que no nos guste recordarlo o hacer conciencia de ello, la certeza más grande que tenemos es la de que moriremos de manera inapelable. Todos sabemos que un día, una hora y un lugar, inciertos aún pero inevitables, la muerte nos aguardará para cancelar el tiempo de nuestra existencia. En esta dirección, la muerte es lo más común y lo más familiar para los hombres y, sin embargo, paradójicamente, es lo más desconocido e impensado por éstos en general. Hablamos de ella en abstracto, pero nos resistimos a asumirla como trance concreto de nuestra propia vida. Esa característica de saberla segura en tanto destino, pero incierta como acontecimiento localizado, se expresa en la facilidad con la que repetimos el silogismo: “Todos los hombres son mortales, Cayo Julio César es un hombre, luego Cayo Julio César es mortal” y en la seria dificultad de inscribir nuestro propio nombre en el lugar de Cayo Julio César. Y, sobre todo, para creérselo.

Y, no obstante, la muerte, inflexible, no perdona *a nadie* y un día, sin contemplación alguna, suspende para siempre la cuenta del tiempo de cada uno y sella para *nunca más* su destino. De ahí que constituya el suceso más grave de nuestra existencia, pues es la cesación absoluta de todas nuestras posibilidades. Acontecimiento común, del que todos los días tenemos noticias como sucedido a otros, es, sin embargo, de carácter por completo extraordinario en la escala de la biografía personal, tanto más extraordinario cuanto que, en su forma absoluta, acaecerá sólo una vez, impactando de manera tan devastadora nuestro ser, sus posibilidades y sus realizaciones, que por la dificultad que nos cuesta su aceptación, tendemos a no querer saber nada de ella. Por esto, porque ella por principio es excepcional en su condición de clausura definitiva, jamás la muerte será normal dado que, de manera radical, las cosas no son lo mismo antes y después de ella. Puesta siempre en el lugar de lo que es excepción, nunca podrá ser anodina ya que acarrea no un cambio de lo que somos sino la aniquilación rotunda de nuestro ser. Al no ser una cosa más entre otras cosas que nos suceden, jamás podrá ser algo trivial; por el contrario, siempre será algo fundamental y decisivo, en tanto es el acontecimiento que, por fuera de todos los demás, cierra para siempre la posibilidad de que algo nos vuelva a acontecer. Es decir, la muerte es el poder absoluto que todo lo cancela — *y para siempre* — en nuestro ser, de tal manera que tras su acontecimiento ya no habrá día siguiente para quien

ha caído bajo su peso. Ésa es la ambivalencia que tiene la muerte en nosotros: como hecho estadístico es algo ordinario, como acontecimiento personal es algo del orden de lo extraordinario, más aún, es lo más extraordinario que nos puede llegar a pasar.

Ahora, hay muerte porque hay tiempo, pues nuestra inscripción en éste, como el devenir en que nuestro ser va siendo, designa con su paso nuestro destino mortal, pero también, por su paso continuo y sin fin, el tiempo posibilita que el ser humano forje la ilusión de no tener fin, que se haga a la esperanza de vencer a la muerte que no es sino el tiempo concluido. Anhelando perseverar en su ser y siendo la muerte la quiebra de cualquier perseverancia, el continuo del tiempo alimenta en el hombre el sueño de vencer su finitud y caminar la eternidad de la mano de Cronos infinito, superando así en su imaginación el imperativo de la naturaleza viva que ordena que todo lo suyo tenga fin.

Llamados a una terminación definitiva, la muerte se hace aún más difícil de aceptar en nuestros días porque ella escapa a lo que es una obsesión de nuestro tiempo: la planificación. Planificar es asegurarse para no correr el riesgo de fracasar. Incluso se puede decir que el exceso de planificación que se impone a la vida contemporánea es un intento de asegurarse contra el riesgo supremo, contra el fracaso mayor: la muerte. Pero hágase lo que se haga, prevéngase como se prevenga, la muerte — el gran fracaso — terminará imponiéndose y haciendo una burla de la pretensión del hombre de ser un triunfador, pretensión ésta no casualmente vuelta verdadero eslogan nacional en los E.E.U.U., sociedad paradigmática en la actitud moderna de negar la muerte y de desconocer que el ser humano es falible e insuficiente, negación y desconocimiento que pueden coexistir con el hecho de que esta sociedad sea una gran gestora de muerte en el planeta y con que su vida cotidiana esté gobernada por el paranoico temor de enemigos que, en la realidad o en su febril fantasía, los acechan por doquier y en todo momento. En todo caso, ante la muerte, en última instancia, no hay planificación que tenga éxito: la muerte es el gran fracaso que doblega, tarde o temprano, al hombre más arrogante o a la sociedad más prepotente. Para todos — con la excepción de los condenados a muerte y de cierto tipo de enfermos terminales —, en líneas generales se cumple que no sabemos cómo moriremos, dónde, cuándo ni cómo “seremos” en el acto mismo de recibir la estocada que nos hará no-ser para siempre.

Pero el hecho de que hasta este preciso momento y a lo largo del tiempo que nos ha traído hasta aquí, la muerte no haya acontecido, promueve nuestra ilusión de que ella no habrá de acontecernos, eximiéndonos de tener que padecer esa anomalía de nuestro ser que es su finitud. Ilusión vana, pues del hecho de que aún no haya acontecido no se puede inferir que no acontecerá, a lo que se agrega que para encarar su inevitable llegada no hay preparación alguna que valga, pues la muerte siempre se presenta uno por uno y por primera y única vez en cada ocasión, por lo que antes que técnicas de preparación para recibirla, al hombre no le queda sino la actitud de una filosófica resignación para asumirla como una experiencia inédita y solitaria para cada cual. Inédita porque la muerte absoluta sólo acaece una vez y después de ella no queda nadie para transmitir ese saber concreto, y solitaria porque es una desgracia privada en cuya materialización íntima sobre nuestro ser nadie puede acompañarnos por más estrecho que sea el afecto que nos tenga. Es un destino irrecusable: morimos, y una realidad ineludible: solos. He ahí nuestra innegable verdad: morimos solos.

Experiencia suprema y solitaria, la muerte no le depara al individuo ni siquiera la ayuda que le brindaría el hecho de poder disponer de una cabal conciencia de lo que ella es, pues, como se ha dicho desde la antigüedad, el hombre está inhabilitado para conocer el acontecimiento mismo de la muerte, ya que cuando tiene conciencia, la muerte absoluta no es, y cuando la muerte es, ya no hay aprehensión posible de ella, en la medida que la conciencia ya no es. Esta condición incognoscible de su propia muerte absoluta la hace ser temida por el hombre como un dolor no comparable a ninguno otro, físico o existencial, que le sea dado experimentar en la vida. Dolor imaginado y con un agravante: puede presentarse en el instante menos pensado, pues el hombre no tiene garantizado su ser y en cualquier momento puede no-ser. Frente a esta angustia que resulta de su incognoscibilidad y de su imprevisibilidad, el individuo puede adoptar una paradójica reacción, consistente en precipitarla, en introyectarla para que de una vez haga su labor de destrucción, como bien lo ejemplifica el drogadicto, quien busca esquivar la angustia (y siempre la angustia emerge por referencia a alguna versión de la muerte que se nos insinúa) entregándose sin dilación al goce mortífero de la autodestrucción, actitud ésta cimentada en ese rasgo, ausente en la vida animal y presente sólo en el ser humano, que consiste en que el hombre no sólo padece la muerte, sino que puede producirla en las formas del asesinato, la guerra y el suicidio.

Sabedor del golpe devastador de la muerte, el ser humano siempre se ha preguntado qué la causa, con la esperanza de poder tomar alguna precaución contra ella. En su indagación, el hombre, por lo menos el de la cultura occidental, ha situado tres fuentes, reales o imaginarias, productoras de la muerte: el designio de Dios, la agresividad de otros hombres y el inevitable dictamen de la naturaleza. Para precaverse de la primera fuente forjó rezos y rogativas, de la segunda lo hizo pacificando los lazos sociales y de la tercera, desarrollando una medicina preventiva y curativa. Estas respuestas intentan elevar unas defensas ante esa imprevisible muerte que en general no anticipa ni el cuándo ni el dónde asestará su golpe. De todas maneras, si la muerte es voluntad de Dios, podrá acaecer en cualquier momento y lugar, igual que sucederá si ella es producto de la barbarie desatada entre los seres humanos, pero si su origen se logra circunscribir a un proceso natural, se puede tener una alta probabilidad de que ella acontezca en el tiempo de la vejez y se presente en la casa o en el hospital. Lograr, pues, un relativo dominio sobre la muerte es hacerla en alguna medida previsible y esto, en general, se puede alcanzar cuando su origen se restringe al proceso natural o a la voluntad humana que propende por una muerte digna, para conseguir lo cual es necesario despojarse de imaginerías divinas y conquistar unas relaciones sociales civilizadas que logren coartar el empuje destructivo que signa la condición humana. Para una sociedad civilizada, la muerte se vuelve relativamente previsible en tanto ésta resulta del proceso natural del cuerpo o de una decisión dignificadora del ser que la ha de experimentar.

Bien se podría llamar a la muerte “Ley de leyes”, ya que a todos nos obliga, cosa que ni siquiera la prohibición del incesto o la castración — leyes fundantes de la humanidad — consiguen, ya que alguno hay que escapa a ellas, mientras que de la muerte — aunque se viva como si esta ley hiciera excepción de uno — nadie puede huir, pues, así sea hundida en la vaguedad de un futuro impreciso, tarde o temprano advendrá, ya que el tiempo no detendrá su curso y a cada uno le hará llegar su propia hora. Pero la muerte no es un fenómeno que sólo nos amenaza desde el exterior y que caerá sobre nosotros en un momento incierto, en el último instante; por el contrario, como formas relativas está consustanciada con nuestra vida y nuestro ser y está ahí, siempre presente, en nosotros. Hecho el hombre en su ininterrumpido devenir de diversidad de cesaciones relativas, éstas funcionan como metáfora de esa gran muerte absoluta que un día llegará: la enfermedad, la vejez, la separación de

los amantes, representan experiencias relativas en vida de la magna experiencia absoluta de la muerte, pues, como ésta, constituyen la cesación de posibilidades, pero con la diferencia de que hacen un cierre que abre otras o, por lo menos, que deja algunas latentes, mientras que la muerte absoluta es la clausura definitiva de todas las posibilidades. Enfermar, envejecer, perder un amor son pequeñas muertes en el camino de la vida.

Si hay la gran muerte absoluta que es el fin de todo para el individuo y hay las muertes relativas que lo acompañan a lo largo de su existencia, se puede presentar una relación entre ellas, como la que efectúa la tecno-ciencia médica contemporánea que consigue desplazar el momento de la muerte absoluta, pero a cambio de una sucesión de muertes relativas que el individuo va registrando en su cuerpo y que van dejando en él su estela de sufrimiento, lo que implica que en nuestra época, por la lentificación del proceso terminal que ha alcanzado la medicina, el hombre no sólo tiene una angustia ante la muerte, sino que guarda un acentuado miedo a morir. Morir de a poco es tener que decir muchos adioses, siendo cada adiós parcial una alusión a ese gran adiós que es la muerte absoluta que precipita al abismo de la eternidad del no-ser.

Pero también una forma indirecta de saber y sentir un poco lo que es la muerte que un día nos borrará para siempre, es a través de la desaparición de otros que llevamos entreverados afectivamente en nuestro propio ser. La proporción en que sentimos la muerte de otro depende de las identificaciones y del grado de profundidad de éstas — valga decir de esencialidad — que hayamos logrado con él en vida suya. Si la muerte de un ser humano — de cualquier ser humano — presentifica angustiosamente nuestra propia muerte, la de un ser querido es ya, en parte, la nuestra. La muerte de alguien duele y ese alguien no se olvida cuando con su desaparición también muere algo en uno, cuando se clausuran posibilidades propias que sólo se realizaban con la presencia o la palabra de aquel que ha desaparecido. La muerte de alguien duele, para decirlo con Sartre, cuando con ella “mueren posibles de mi ser”.

Otro lugar de presencia relativa de la muerte en vida es la vejez, advirtiendo, eso sí, que por viejo que uno sea la muerte siempre nos toma prematuramente respecto de toda la vida que se nos queda por hacer. Pero, para despejar una ilusión, cabe también advertir que no sólo el rostro arrugado del viejo anuncia la muerte; igualmente — aunque pareciera indicar lo contrario — lo hace el rostro lozano del joven, pues en él el tiempo también va haciendo su trabajo tenaz, perseverante, ineludible, hasta que un día aquel

que tiene la muerte a distancia, también la tendrá encima, sin escapatoria. Por eso, así como pensar la muerte no tiene por qué derivar en la depresión de la vida, ser joven no tiene por qué equivaler a ligereza e incapacidad para pensarse como destino, para saber que la vida es algo más que la actualidad, para inscribir también en él la ley del hombre: *ser-para-la-muerte*.

Desde el reconocimiento de las formas relativas de la muerte, la vida no es la vida a secas y la muerte lo que está al final de todo, sino que una y otra se entrecruzan, por lo menos mientras la existencia aún persiste, según esa lógica que nos rige y que estipula que nos hacemos en un proceso que simultáneamente nos deshace mientras que el final definitivo, que nunca deja de acechar, hace su llegada. Ésa es nuestra tragedia pero también nuestra grandeza: tejer una obra aceptando que nuestras horas están contadas, sólo que la cuenta, aunque estará ahí en el momento preciso, nadie la sabrá justo hasta el último instante. Ya lo he dicho: sabemos que moriremos, pero lo que no sabemos es cuándo, cómo, dónde, de qué, y desde este saber que la muerte es cierta en cuanto hecho e incierta en cuanto fecha, debemos derivar, de un lado, la valorización del tiempo que nos es dado (así lo dice Marco Aurelio: “La hora es incierta, lo que quiere decir que cualquier hora puede ser la última y en calidad de tal hay que recibirla”), y de otro, el coraje para emprender la construcción de una existencia dotada de sentido sin que la incertidumbre de cuándo, cómo y dónde acaecerá el derrumbe final se pueda superar.

II

A veces se dice fácil — incluso en algún pasaje de este escrito he utilizado dicha expresión —: “la experiencia de la muerte...”, pero lo que hay que precisar es que jamás la muerte puede ser una experiencia, y, menos, que se pueda transmitir, pues ella es indecible, inefable, inexpresable. Le preguntamos a la muerte pero ella nunca responde; más aún, cuando llega, simplemente pone fin a nuestras interrogaciones. No responde, simplemente acalla al que preguntaba, y como amo intransigente, le impone al ser humano un preguntar por ella sin respuesta. Y, a nivel del individuo, la muerte propia es imposible de ser pensada, simplemente porque ella representa el fin del pensador que intenta pensarla. Abismo sin fondo en el que se diluye su

supuesta verdad, lo angustiante de este crucial no-poder-saber de la muerte propulsa en el hombre la fantasía de que, entonces, ella no se da y se construye la ilusión de una inmortalidad que se imagina de formas diversas — resurrección, reencarnación, etc. — pero que tienen en común la cobardía del ser humano para aceptar que su vida debe hacerse contra el telón de fondo de un absurdo que jamás revelará su verdad, simplemente porque la muerte no guarda ninguna. Y no guarda ninguna porque la muerte es la Nada y en la Nada, nada es, por lo que ninguna verdad se encubre en ella.

No tenemos representación alguna de la muerte, de ese supuesto “más allá de la vida”, así como no tenemos representación alguna de la Nada. Un ejemplo: respecto de nuestra sensibilidad, sentimiento e intelección, el tiempo que antecedió a nuestro nacimiento es una Nada que no nos afectó simple y llanamente porque no éramos, es decir, porque no constituíamos un sujeto y, por tanto, no podía haber vivencia, percepción o representación alguna. Otro tanto sucederá con esa Nada que, respecto de nuestro ser, nos aguarda tras la muerte: nada experimentaremos, sencillamente porque ya nada seremos. Y, sin embargo, lo que se ha intentado pensar a lo largo del tiempo sobre la muerte no es algo que sobre o que sea inútil, ya que ha sido la manera de no perder — a partir de la realidad que se le asigna a nuestra finitud — un sentido para la vida. Siempre la humanidad ha dicho algo sobre la muerte y ha forjado así un cúmulo de ideas y actitudes ante ella que no se pueden simple y olímpicamente desconocer, sino que hay que saber recoger con la certeza de que en el largo pasado suyo el ser humano ha alcanzado puntos de sabiduría que pueden ayudar a comprender mejor la muerte en el presente. Es decir, que no podamos entender la verdad de la muerte y hacernos una indiscutida representación de ella, sencillamente porque no existe tal verdad de una Nada como la muerte, no quiere decir que la humanidad no haya logrado, a lo largo del tiempo, elaborar reflexiones y forjar actitudes que nos pueden ayudar a los hombres del presente a aceptar con una digna resignación el borramiento que nos impondrá.

Resignarse con dignidad ante la muerte es aceptar que ésta es la detención radical de la continuidad de nuestro ser y que nos precipita al no-ser o a ese resto de ser (en todo caso no deparador ya de goce para el propio individuo) que es la sobrevivencia en los significantes que alcanzamos a dejar tras nosotros cuando nos perdemos en la Nada. Criatura cuya vocación — por un desesperado esfuerzo para no desaparecer del todo — es la de hacer

significantes que queden tras su partida definitiva, el hombre persevera en la vida, más allá de su experiencia individual, en la leal continuidad propiciada a la generaciones siguientes, haciendo así una cadena que es la de la existencia de la especie, cadena que algún día, ojalá lejano, también se quebrará, borrando para siempre de la superficie del universo la faz del hombre, ya no como individuo sino como colectividad toda, no quedando entonces de ella sino restos de su quehacer plasmados en materias más duras de perecer, pero que deambularán por el espacio sin ya poder decir nada — simplemente porque ya no habrá lector para esos significantes — de lo que fue la particular aventura del ser humano en el universo. Un día, pues, por distante que esté, ya no el individuo sino la especie, cerrará el paréntesis de su existencia y se hundirá para siempre en la Nada sin que haya testigo alguno de esta desgracia.

Pero volvamos a nuestra escala personal de tiempo. En ella constatamos que así como todo fracaso nos representa una pequeña muerte, la muerte es nuestro gran fracaso en tanto es la terminación que siempre dejará la vida en puntos suspensivos, es decir, sin tiempo ya para todo lo que pudo haber sido. No obstante, esa misma terminación que se impone a nuestro ser es la determinación que hace que nuestra vida sea un asunto impelido a configurar un sentido. Dicho de manera más simple: la muerte determina la peculiar vitalidad humana, haciéndola una existencia, valga decir, una vida obligada a responder por el sentido de que se dota. Porque tenemos término estamos urgidos a hacer *una* vida, esto es, a hilar nuestro tiempo en una dirección específica, opción que significa dejar de transitar otras y opción que entre más sea decisión propia del individuo y no mera imposición externa, más dirá de la libertad que se pudo alcanzar, porque la libertad es eso: la posibilidad de decidir y realizar entre varias opciones la mejor vida individual y social que sin desmedro del otro, le propicia sentido y satisfacción al hombre.

Esa muerte propia, determinante de una vida propia, es insuperable y cierta, pese a imprecisa sobre su momento de realización, y produce un efecto separador entre individuo e individuo, en tanto hasta allí no podrá llegar el brazo de ningún afecto por extendido que esté, todo lo cual se conjuga para delinear la particular dificultad que siempre ha tenido el hombre al representarse su propio fin y las múltiples formas de negación de éste de que ha echado mano a lo largo de los tiempos. Puesto de cara a su terminación ha buscado eludir el reconocimiento de lo trágico que allí se pone en juego para él, incluso, como para con el hombre actual, tratando de restarle dramatismo al

acontecimiento. Pero es más bien porque el hombre actual niega la muerte por lo que ésta ha perdido para él el tono dramático y no porque haya asumido de manera realista su inevitabilidad, pues aceptar la realidad de nuestro destino mortal no equivale necesariamente a perder el registro de su impacto trágico. Y la muerte no puede dejar de ser una tragedia para el hombre, puesto que ella acarrea el menoscabo total de su ser. La muerte es la Nada que enlaza nuestro cuerpo, lo deshace y lo hace desaparecer para siempre. Es el No radical que todo lo hunde en la oscuridad sin fin y que a ese juego de posibilidades que es la vida lo cercena de tajo, sin propiciarle jamás una nueva oportunidad.

Pero a lo trágico que ya representa su finitud, el hombre debe sumar lo insignificante de su ser en la escala temporal del mundo y en la dimensión de la humanidad como conjunto. Me explico: ésa, mi muerte, que será todo para mí, el final de todo lo que soy, mi reducción a la Nada, será un final nimio, imperceptible, anodino en proporción al encadenamiento que en el tiempo harán las generaciones por venir y a los contenidos existenciales de hombres que proseguirán su tarea de vivir en el instante mismo en que yo desaparezco para siempre. Muero y esa muerte que es mi hecatombe total, es insignificancia para el mundo, que seguirá sin mí como si nada grave hubiera pasado. Y, lo que hace más doloroso el hecho, es verdad: cada uno es poquedad e insignificancia y el mundo se las arreglará sin él como si nada hubiera pasado, como se las ha arreglado para seguir adelante indiferente y olvidadizo, incluso hasta con quienes — número ínfimo frente a la inmensa mayoría de olvidables — han tenido fuerza y grandeza para dejar alguna obra intemporal.

Dificultad de aceptar no sólo que tenemos un fin, sino que todo este denodado esfuerzo por ser se resolverá, para los que proseguirán la tarea de vivir, como una insignificancia cuya desaparición ninguna mella les hace en su propia persistencia y que seguirán el camino, sin conciencia ni memoria de los que fueron, hasta que su propio fin los registre en su también olvidable insignificancia. Dificultad que hace explicable que, por ejemplo hoy, se quiera vivir separando radicalmente la muerte de la vida, como si para nuestro ser no hubiera esa alteridad radical que es el fin absoluto. En todo caso, se quiere creer que si se borran los signos de la muerte — aislando a los moribundos, anulando los ceremoniales de defunción y los rituales de duelo, no hablando de ella, discriminando la vejez, la enfermedad y la fealdad, etc. —, será tanto como quitarle importancia y, por esta vía, imaginar que su valor como amo

absoluto no es cierto. Artilugios de la imaginación para depararnos consuelo allí donde esta verdad es demasiado dolorosa: que la muerte es consustancial a nuestro ser que sólo se va haciendo según un destino que lo signa a dejar-de-ser. Dolorosa verdad que nos dice que venimos de la Nada y a la Nada nos dirigimos, como individuos y como especie, quedándonos apenas como principio de afirmación que forjemos un sentido para la existencia, en ese efímero paréntesis en la Nada en que transcurre el tiempo de nuestra vida.

Lo que somos es lo que muere todos los días en nosotros mientras vamos siendo, pero un día, lo sabemos, morirá totalmente. Precisamente la angustia que nos produce la muerte tiene su origen en la posibilidad que nos depara el lenguaje de anticiparla en la representación y de prever la destrucción con la que ella abatirá la obra de nuestra vida, la que apenas podrá mantenerse como recuerdo en los otros, y será tanto recuerdo como significativa y original haya sido, atributos de los que estamos excluidos la inmensa mayoría de los seres humanos, quienes, más allá del recuerdo que nos guarden los seres cercanos durante el lapso de su también efímera vida, estamos destinados al olvido absoluto por parte de los demás, olvido tan absoluto que será como si nunca hubiéramos sido.

La muerte es la anulación del futuro, es el ingreso a un sin-mañana, pero también a un sin-ayer y sin-hoy, pues eso es la Nada: el sin-tiempo. La muerte es, para el hombre, la aniquilación total de la condición de su ser: el tiempo. Es la intemporalidad: no se le sigue la cuenta de sus cumpleaños a quien muere; si mucho, se le contarán sus años de muerto. La muerte es el NUNCA MÁS que nos niega, implacable e indiferente, cualquier DESPUÉS, condenándonos a una separación que es PARA SIEMPRE. Es el inevitable desenlace de nuestro transcurrir en el tiempo o, a la inversa, es la paciencia del tiempo para terminar con nosotros. Y digo bien: para terminar, pues la muerte no es una transformación, es una aniquilación del ser lo que ejecuta, hecho que no queda negado porque subsistan del que muere elementos materiales dispersos por la tierra. Hay transformación cuando en la forma nueva persiste lo definitorio de la cosa que ya existía en la forma precedente. Mejor dicho: yo me transformo cuando el niño que era da paso al joven, éste al adulto y éste al viejo, pero sigo siendo *yo* — con todas sus profundas y esenciales modificaciones — el que agenció estos cambios, pero un pelo que perdí hace veinte años y que por ahí debe andar disuelto en átomos no es una transformación de mi *yo*, no soy *yo* presente en no sé qué cosa del universo:

eso no tiene nada que ver con el hombre que soy y que de niño me he transformado en persona mayor, siendo, por transformación, otro en tanto soy el mismo que sostenido en el hilo del *yo* ha hecho su viaje en el tiempo, viaje que cuando llegue a la estación última — la muerte — ya no me transformará sino que, simplemente, me destruirá, pues al no-ser ya no podré seguir siendo lo que fui. La muerte es la destrucción literal del ser de ése que mientras vivía — y sólo mientras vivía — era.

Por encima de todo, la muerte es el imperio de la quietud: quietud de un cuerpo que arrastra la inexorable quietud del espíritu. Muerto es aquel que no se mueve ni en cuerpo ni en espíritu y que por tanto ya no despliega esa trayectoria que forja una historia. Muerto es quien ha puesto fin a su historia. Pero la muerte no es el punto que consuma una totalidad en la historia de aquel que murió; ella sólo es la cesación de un ser que vivió en falta y quedó en falta y quien ya emprendió la partida extrema: la que no tiene retorno. Pero si la muerte es el fin de nuestra historia — siempre inconclusa —, hay que decir que también es la causa de ella. Si no hubiera muerte, si un hombre gozara de un tiempo infinito, podría, tarde o temprano, hacer el recorrido de la vida de todos y de cada uno de los hombres, con lo cual dejaría de ser un hombre singular, pues no se puede ser todo el mundo y, a la vez, uno mismo. Para ser uno hay que hacer una historia y una historia sólo se realiza como una serie de elecciones que acepta sacrificar otras posibilidades, es decir, sólo se hace una historia personal donde se acata que no se será otras historias posibles.

Si la muerte nos destina a lo informe, es ese destino el que nos pone a la tarea de darle forma a la vida. A partir de reconocer la muerte se toma conciencia del valor del tiempo y nos exigimos el mejor uso de él. Cabría decir: el tiempo es oro, pero no oro en el sentido del burgués que lo toma como lo que hay que dedicar a esa obsesión a la que reduce su vida: la ganancia, ese gastarse la vida en la insulsa y gris operación de poner cada vez más ceros a la derecha en una cuenta bancaria. Que ése sea el oro del burgués y que en eso malgaste su existencia, es algo bien distinto a lo que hace quien entiende que si nuestra máxima riqueza es el tiempo, lo es porque sólo en él podemos desplegar y gozar al máximo las posibilidades de nuestra vida, avanzando en la cualificación de esas tres dimensiones cuyo desarrollo señala el mérito de un ser humano: su sensibilidad, su sentimiento y su pensamiento.

En todo caso ése es el doble papel que juega en nosotros la muerte: nos hace in-quietos en vida; después, cuando triunfa, representará la quietud absoluta. Pero mientras nos dura la in-quietud, la muerte nos llama a ejercer la libertad de decidir lo que somos, decisión que en tanto es optar y descartar caminos será siempre una decisión a riesgo. En este sentido, libre es aquel que, por asumir la muerte, decide de su vida aceptando la constricción de que para ésta no todo es posible y lo hace soportando la angustia que le acarrea lo riesgoso de una decisión que, si lo impele a forjar un destino, lo hace a costa de cancelar otros posibles. De ahí que si la muerte propia es un destino del que cada hombre debe hacerse cargo, es porque así puede valorar y aprovechar el tiempo del “todavía no” de su acontecimiento. Ese “todavía no” de la muerte nos deja un tiempo por delante en el que podemos proyectar la realización — nunca cabal — de nuestras posibilidades jamás agotadas.

Si la vida es inquietud, lo sin quietud, lo sin reposo, en tanto la muerte es el reposo absoluto, entonces vivir es estar en el mundo y hacer mundo, mientras que morir es el fin de esta mundanidad del hombre, un fin siempre a destiempo respecto a una totalidad del ser, imposible de consumir porque la muerte lo alcanzará ineludiblemente antes de agotar todo lo que era posible. Límite impasable que nos condena a irnos para siempre, la muerte tiene el poder de obligar al hombre a hacer de su vida una biografía, es decir, a dotarla de un sentido que no tuvo por principio, pues si no puede saber por qué está en este mundo, lo que sí está en sus manos es la forma de existencia y la manera de vivir en que realizará su tiempo. Sabedor que va de la vida a la muerte, pero que la dirección contraria no es transitable, el hombre puede hacer de su finitud una fuerza potenciadora del amor a la vida, en tanto lo inclina a no dilapidarla, sino a aprovecharla al máximo para que, como dice León de Greiff, “alguna cosa valga”.

III

Filosofamos porque morimos, porque tenemos un fin nos preguntamos por el sentido que tiene este paréntesis en la Nada que llamamos existencia. Pero también — aunque sea imposible hallar una respuesta — nos preguntamos por la muerte, pues ésta es quizás el mayor enigma que tiene ante sí el ser humano. Filosofamos porque nos asombramos de ser, de que dejaremos-de-

ser; en fin, de que somos una forma efímera. Al filosofar anticipamos nuestra muerte, no para morirnos en vida, sino para valorar lo mejor posible esta existencia, de la que gozamos por tan escaso tiempo. Por esto, la disposición filosofante de un hombre se ejerce a partir de y como una manera de acceder a la realidad de la muerte propia. Pero también se puede decir que filosofar es afirmar la vida a pesar de la difícil certidumbre de la muerte, es perseverar en nuestro ser aun reconociendo que somos seres limitados. No obstante, porque sabemos, seamos o no conscientes de ello, que somos seres para-la-muerte, la angustia es la sombra de la existencia.

Al tratar de pensar la condición humana, rápidamente salta la muerte como el absurdo fundamental que la atraviesa, pues ella revienta toda la laboriosa construcción de sentido a la que dedica el hombre su vida, además de que marca el acceso a una Nada en la que simplemente no-será. El absurdo que pone la muerte en el destino el hombre ya no se esquiva con la ilusión religiosa, pues la modernidad no supone ya a un Dios que le dé sentido a lo que somos o que nos provea una garantía. No, ya no hay un gran padre al cual acudir y el hombre debe hacerse cargo de sus logros y fracasos, de sus bellezas y horrores y debe sobrellevar por su cuenta la angustia de estar destinado a no-ser, sin esperar protecciones y guías transcendentales. Si ya no hay Dios que ampare, la muerte no es más el hecho que abre las puertas a otra vida, sino que es el hecho que pone fin a todos los hechos para el hombre y le cierra las puertas de la única vida que le es posible, deshaciendo para él el edificio de sentido en que empeñó su existencia, lo que configura la absurdidad que lo cruza: un hacer laborioso destinado a un deshacer inexorable. Contrastados con la Nada que finalmente se impondrá, el trabajo y la existencia misma del ser humano aparecen como algo vano y merecedor de una pregunta: ¿para qué todo esto? Si nos aniquila y todo lo que hemos hecho con el esfuerzo de una vida, ¡plum!, la muerte lo tira al suelo de un manotazo, entonces la pregunta antes formulada tiene plena pertinencia, pero su respuesta no tiene que ser: “para nada”, como lo haría quien piensa que la vida sólo la legitima un soporte trascendental, pues bien puede ser otra que diga: “para afirmar la vida mientras sea, gozándola por su intensidad, amplitud y significatividad”, respuesta que no requiere de ningún recurso ultramundano para ratificar que, pese a la muerte — y más bien por ella —, la vida vale la pena vivirla y vivirla bien.

De la muerte en su forma absoluta nada sabemos ni podremos saber, simplemente porque no hay ningún saber que lograr allí, ya que ninguna verdad se guarda en la Nada, pero esas muertes relativas que nos acontecen en vida son la forma que tenemos de experimentar el efecto de la finitud en nuestro ser, como pasa, por ejemplo, con la muerte de alguien que ganó una gran presencia afectiva y significativa en otros, desaparición que, más allá de su acontecimiento inmediato, anticipa con su dolor los dolores que nos aguardan como pérdidas sucesivas hasta la última y definitiva pérdida: la de nuestro ser. Pero, fuera de la enseñanza de dolor que nos deparan, las muertes relativas que padecemos propician que atendamos la muerte, no por la muerte misma sino por lo que ella permite resaltar de la vida. Porque la única razón que amerita una atención a la muerte es la de que, al hacer brillar la vida por su carácter perecedero, exploremos las mejores posibilidades de ésta, evitando así la empobrecedora actitud de aquel que por no querer pensar que morirá, no piensa la vida — la que hace y la que podría hacer — y, por ende, nunca luchará por hacer su mejor vida posible.

Negarse a pensar la muerte propia y a hacer conciencia de ella es una actitud posible en el hombre, precisamente por la angustia que le representa su condición de ser-para-la-muerte. Se huye de la conciencia de nuestra mortalidad, justamente porque esta mortalidad no puede ser reconocida sin que algo del orden de la angustia se haga presente en el ser humano. Ahora, quien se mantiene en huida es porque no puede olvidar aquello de lo que huye, así no sea consciente de esto. Pero quien se niega a darle un lugar a la muerte sin duda piensa mal su condición humana y con ello afecta el valor de su vida, pues, ¿se puede vivir bien pensando mal? Clarificar nuestra posición frente a la muerte es importante porque la concepción que de ésta tengamos (seamos conscientes o no de ella) determina en buena medida la respuesta que le damos a la pregunta ¿para qué vivimos? y marca el sentido contenido en el cómo vivimos. No se trata de pensar la muerte en sí — eso es imposible, pues de la Nada, nada es decible —, sino de darle un lugar en la factura de nuestro ser y a partir de ello pensar lo que sí es pensable: quiénes somos y quiénes podemos ser.

Para poder asumir la muerte es necesario aceptar que la omnipotencia con que suele revestirse el yo es falaz y que su condición es falible y quebradiza. Sólo así, desde la conciencia de su propia fragilidad, el yo contará con la muerte y se abrirá a darle un lugar a nivel de sus afectos valorizadores de la

vida, pues, ya se ha dicho, su propia muerte en sí es inaprehensible, en tanto no puede ser para él ni objeto de conocimiento ni experiencia vivida, ya que su Nada — o mejor, la Nada, puesto que no existe tu Nada, mi Nada, nuestra Nada, etc., pues el pronombre posesivo alude a una unidad personalizable y eso es precisamente lo deshecho por la muerte — escapa a las posibilidades del entendimiento. En consecuencia, para asumir la muerte como un elemento definitorio de la vida humana y de su calidad, se requiere un yo que ha visto fracturada su tendencia a la omnipotencia en dos direcciones: una, que le señala que es blanco vulnerable de los golpes de la adversidad y, otra, que le indica que frente a la muerte debe aceptar que nada puede saber, puesto que pese a su devastador poder ella no porta ninguna verdad ni posee ninguna esencia.

Pensar la muerte, entonces, no quiere decir tratar de dar cuenta de su verdad — que no la hay —, sino de darle el lugar de límite contra el que nuestro ser choca para deshacerse y, a partir de esto, devolver una mirada cualificadora sobre la vida. Por eso, pensar la muerte no exime al pensador caer bajo su peso, pero sí le aporta la posibilidad de pararse mejor ante la vida. Si se dice que el filósofo piensa la muerte, ¿qué quiere decir esto? Que reconoce el poder universal de ella y acepta que también hasta él llegará su temible abrazo; por tanto, que se reconoce en esa ley para todos que un día le impondrá la cesación de su ser propio y que, a partir de esa absolutez, de esa muerte que le aguarda pensará lo que sí es pensable: la vida que se desenvuelve en esos años que le arranca a la muerte, tiempo de vida que, por limitado, reclama una conciencia activa, amorosa y que lo emplee lo mejor posible. Pensar la muerte, si no se sucumbe a la tentación de la melancolía —que es precisamente una suspensión del trabajo del pensamiento para sumirse en una imagen de sí cargada de autoconmiseración—, no puede derivar sino en pensar la vida.

De ahí que una sociedad que se niega a pensar la muerte — y esto sucede con Colombia, por ejemplo — corre el peligro de actuarla en demasía. Se actúa fácil la muerte cuando no se le ha sabido pensar en función de su carácter de acontecimiento excepcional y de culminación absoluta de la vida. Con otras palabras: no pensar la muerte es perder la conciencia de lo maravilloso, lo complejo y lo azaroso de la vida propia y ajena y es, por esa ausencia de la debida valoración y significación de ella, allanar el camino para su destrucción. Pero también se puede decir esto al contrario: cuando en una

sociedad — como infortunadamente pasa en Colombia, para seguir con el ejemplo — se mata y se muere con gran facilidad, es que seguramente hay muy mediocres razones para vivir, y cuando la vida es mediocre ¿qué dolor ha de provocar su pérdida?

Tener conciencia de la muerte es reconocer que un día no seremos ni como individuos ni como especie, lo que proyecta en el horizonte un sin-sentido último en el que se disolverá todo el esfuerzo de dotar de sentido su existencia al que se aplica el hombre. Y, sin embargo, al ser humano le compete sostener su vida y hacerla lo mejor posible, independientemente de que sepa que un día habrá en el que, al igual que otrora, ya no estará. Éste es el destino trágico del ser humano: afirmar la existencia pese a su absurdo fundamental, tener asumido su destino mortal y, sin embargo, no abdicar de la vida; al contrario, precisamente por su carácter perecedero y su condición efímera, vivirla con más decisión y de manera más fecunda. Ésta es nuestra realidad y con la cual debe contar el hombre: una venita que se rompe en mi cerebro, un coágulo de sangre taponando una arteria y de un solo golpe se borra el largo esfuerzo de ir construyendo una existencia. Somos frágiles, frágiles y, como tendemos a olvidarlo, eso es lo que de tanto en tanto se encarga de recordarnos la naturaleza y la adversidad: que somos constructores de un edificio que se levanta sobre un suelo, por principio, movedizo. Y no hay opción: nuestro ser implica “tener que ser”, pero también “tener que morir” o, lo que es lo mismo, que todo lo que se es, todo lo que se luce por ser, se aniquilará inexorablemente y el mundo seguirá sin mí, cual si simplemente no hubiese sido.

La vida humana es un fin en sí misma, esto es, se afirma de manera inmanente, no requiriendo para esto de soportes ultramundanos, de donde anticipar imaginariamente la muerte como lo que cierra el ciclo de conjunto de nuestra vida no acarrea, necesariamente, el decaimiento del deseo de existir, sino, por el contrario, propicia la libertad de elegir las mejores opciones para una vida que, por efímera e irrepitable, se toma en serio. Propicia reconocer que los años son preciosos y que el tiempo que se pierde se pierde para siempre. Quien reconoce su condición mortal no pierde su tiempo, pero dejando claro que “no perder el tiempo” es algo por completo distinto al exceso de labores y actividades a las que frenéticamente se entrega al hombre de nuestros días, forma ésta que más bien es una manera de perder el tiempo de la existencia y la existencia misma al reducirla a un trabajo destinado

únicamente a la sobrevivencia o a la riqueza económica. El frenesí laboralista del hombre contemporáneo, a más de inútilmente exhausto, lo mantiene, como bien se dice, literalmente “sin tiempo” ... para vivir.

Vivir es estar en riesgo, en tanto la muerte — como cesación absoluta o relativa — en todo momento puede determinar que dejemos de ser lo que hemos sido. De aquí una paradoja: vivir intensa y creativamente es ser capaz de asimilar la muerte — total o parcial —, mientras que quien se blinda contra ella hace de su vida una forma de ya estar muerto. Hay quienes por protegerse de la muerte y de los riesgos que ésta acarrea a la vida, hacen de su existencia una muerte misma, en el sentido de una radical negativa a toda transformación. Efectivamente, hay formas de vivir que son ya en sí mismas el dominio de la muerte sobre la vida, porque niegan ésta como experiencia creativa, significativa e intensa, como tiempo para la realización dichosa de las posibilidades del ser propio, porque no quieren aceptar que la vida es lo que cada cual es capaz de lograr — en sensibilidad, sentimiento y pensamiento — a partir de reconocer que su tiempo es finito. Quien por temor se niega a reconocer la muerte, se niega en consecuencia a pensar su vida y quien no piensa su vida abdica de su libertad y se entrega a que otros le señalen el curso y el contenido de ésta. Por el contrario, el hombre que se sabe destinado a morir sabe que, dentro de unos límites temporales, debe desarrollar una vida propia, única e irrepetible.

La vida humana es indiscernible de su sentido; no es sólo biología. Pero decir sentido implica decir proyección y, por tanto, anticipación. Y desde este su poder anticipatorio, el hombre sabe — aunque guste olvidarlo — que está inexorablemente destinado a una existencia finita y a una inexistencia eterna. Esta inexistencia en la que, sin opción, se resolverá nuestro ser se nos aparece — si es que nuestra vida define su valor por el sentido que logramos conquistar — como el fracaso de todos nuestros empeños, como el fracaso por excelencia en tanto no tiene reparación posible. Pero este sin-sentido último que nos aguarda es a la vez razón que nos urge, mientras podamos, a cargar de sentido nuestra existencia. Nos toca hacer lo mejor con nuestro tiempo, aunque sepamos que siempre acabaremos mal, pero son las únicas reglas de juego en las cuales nos podemos desenvolver: porque no seremos, es por lo que estamos compelidos a ser, poniendo en escena toda nuestra capacidad de desear y de luchar. Nos corresponde acatar la fuerza aniquiladora de la muerte y no desesperar por ello ni descuidar la tarea de realizar una vida provista de

sentido y significación, a sabiendas, precisamente, de que la vida pierde su adjetivo de “humana” cuando deja de ser el hacer perseverante que forja una obra. El obrar, como esfuerzo cotidiano, persistente y encauzado, es la manera de responder a la muerte haciendo del tiempo el medio para la forjación de un sentido, cosa bien distinta a esa angustiada forma de encarar a la muerte que está representada en la necesidad compulsiva de diversiones y que denota el vacío de la vida y la ausencia de un valor significativo para la misma.

Nuestra vida no es sino un instante, un maravilloso instante de sesenta o setenta años. No más. Y no es en su final ni en lo que sigue que se define para el hombre de carne y hueso el valor de su propia existencia. El significado de la vida — para el que vive — no viene después de la muerte; más bien se encuentra en las actividades concretas con las que el hombre realiza el presente que tiene, tiempo presente que está afectado por el pasado que lo ha traído hasta él y por el futuro que referencia hacia dónde quiere ir. Por eso la vida está comprimida en cada minuto en que se resuelve el presente, pero la riqueza de este minuto y la dicha que pueda deparar depende de lo que cada uno ha sabido y podido hacer con su ser. Somos, hasta cierto punto, creadores de nosotros mismos y nuestra vida — en su potencia, extensión y hondura, pero también en la cantidad y calidad de dicha que nos depare — será lo que hagamos de ella. En esto consiste nuestra libertad, pero también hay que decirlo, la gran dificultad para asumir la vida como seres libres radica en que, si bien podemos forjar lo que somos, tenemos que responder por lo que hacemos acto y que queda como irrevocable en nuestra historia. Somos libres para hacer lo que somos, pero tenemos que responder por lo hecho y que ya no se podrá deshacer.

Articulando las afirmaciones anteriores, se puede decir que la condición de *ser-del-lenguaje* produce tres efectos en el hombre: 1. Lo hace un ser posibilitado para originar y crear, razón por la cual su vida no tiene que obedecer a un guión prescrito e inmutable, sino que, en buena medida, será lo que él sepa inventar con y para ella; 2. Lo inscribe en el tiempo, lo que quiere decir que todo presente que vive, lo vive con las huellas de lo que ha sido y con los ideales que trazan el norte de lo que aspira a ser, temporalidad finita que lo obliga a elegir y construir un sentido y una dirección para su vida, al precio de abandonar otros posibles, o, diciéndolo de otra manera, temporalidad que lo pone de cara al siempre difícil y angustiante ejercicio de la libertad; 3. Lo conduce a tener que reconocerse como ser mortal y, por

tanto, a cargar con la angustia de su fragilidad y a aceptar que su ser quebradizo y menesteroso está requerido de la ayuda que sólo el otro le puede proveer.

La irreversibilidad del tiempo nos indica que él no puede volver atrás; mejor: que nosotros no podemos volver sobre nuestros pasos, que lo que hemos hecho, hecho está, lo que asigna a nuestros actos el carácter de irreparables en sí mismos. Podemos pensar el pasado — y, sin duda, esto no es sólo posible, sino esencial y necesario—, pero el tiempo que ha sido nunca podrá volver a ser. Sin duda podemos revisar lo que hemos hecho — y es una condición imprescindible para cualificar la vida por vivir —, pero no se puede deshacer lo que ya se hizo. He ahí la razón que nos reclama ser altamente responsables con el tiempo y con los actos de nuestras vidas: somos forjadores, en un tiempo sin segunda versión, de hechos sin reparación. O se pueden reparar en el sentido de que en el presente o en el futuro se haga algo distinto a lo que se hizo en el pasado, pero esto, lo hecho en el pasado, estrictamente no podrá ya no haber sido hecho. Por tal razón toda reparación es relativa, ya que marcará lo por hacer, pero no puede eliminar jamás que lo hecho ya se hizo.

Si frente a lo irreversible del tiempo la nostalgia es la impotencia de no poder recuperarlo, ante lo irreparable de lo ya hecho la desesperación es la impotencia de no poder anularlo. No recuperaremos la juventud de nuestros veinte años, no se anulará jamás lo que para bien o para mal ya hicimos. Por eso el tiempo perdido (y el referente para calificar el tiempo como perdido no necesariamente es el trabajo; al contrario, como ya lo he dicho, muchas veces la forma más eficaz de perder el tiempo de la vida es enajenándose en un trabajo obsesivo) está perdido para siempre, primero, porque ya no dispondremos de él, segundo, porque su pérdida marca por lo negativo el ser que seguiremos siendo de allí en adelante. Es una verdad lapidaria: no se juega con el tiempo. El tiempo pasado sólo puede re-presentarse como huella simbólica hecha memoria, lo cual denota, de un lado, que ya no es ni será, pero, de otro lado, que está impreso en nuestro ser, incluso aunque no seamos concientes de ello.

Por su inscripción en el tiempo el hombre vive por delante de sí, esto es, sitúa su existencia en proyección y despliega su presente al hilo de un proyecto con el que busca realizar lo que en su historia particular le ha sido dado como posibilidad. Ser un ser que (se) proyecta sólo es propio del ser

humano y sólo es posible porque se sabe destinado a una muerte que es, para él, la expresión absoluta de lo irreversible del tiempo y de lo irreparable de los hechos, pero muerte que, también, por lo radical del límite que le impone, no le deja como trascendencia sino la que le deparen los significantes que supo forjar con su vida y que, como huellas de sí, permanecerán más allá de él hecho cadáver.

IV

Morimos — dejamos de ser — para siempre jamás. Morimos y perdemos para siempre todo después. Tras morir no hay ningún “más allá”, ni en tiempo ni en espacio: no hay mañana para quien ha muerto, no hay lugar para quien ya no es. La Nada — y eso es la muerte — es lo sin-tiempo y sin-espacio. Por eso todas las creencias en el retorno de los muertos no son sino fantasmagorías, pues ¿de dónde retornarían? ¿De la Nada? ¿Del no-ser? Eso es absurdo. Morir es partir sin dirección y sin retorno, es una ida sin vuelta al oscuro no-ser que no terminará nunca, es hundirse en la Nada por los siglos de los siglos, en una eternidad, la del no-ser, que contrasta dramáticamente con el breve tiempo que le cupo en suerte a ése que existió como humano. Morir es decir adiós para siempre y definitivamente tras el desgaste incesante al que nos somete el tiempo, ese mismo tiempo que, paradójicamente, es el que nos permite hacer la vida y constituye, por ende, nuestra mayor riqueza. El tiempo, esa riqueza suprema que poseemos mientras somos, no sólo nos desgasta a medida que nos hacemos sino que al final nos entrega al anonadamiento total.

Ahora, en tanto sabe que su destino es morir, la angustia es inherente al ser humano; es decir, ser ya es de por sí estar angustiado y, por tanto, es estar con respecto a la vida no en armonía sino en un desajuste ineludible, más si se reconoce que la muerte no da sólo el golpe postrero y definitivo, sino que, en un sentido amplio, está siempre presente a lo largo de la vida porque uno empieza a morir desde que nace, puesto que sucesivamente va teniendo que asumir cesaciones de sí. Por eso en la definición y realización de nuestro ser está “tener que morir”. Este saber que somos finitos es una certeza inquietante que a nadie deja indiferente y que, las más de las veces, no es pronunciada y se cataloga como impronunciada. Saber que en el giro de los días del año uno habrá, localizado con número preciso en el calendario, que ese día tendrá una

hora y que en esa hora habrá un minuto en el que la muerte tendrá una mirada para uno, es una certeza desasosegante, que hace que muchos quieran representar (y sobre todo para sí mismos) que no la saben. Ésta es la actitud del hombre de nuestro tiempo: tratar de vivir como si no supiera que va a morir, tratar de hacer la vida olvidándose de que un día morirá. Pero es un esfuerzo, a más de oneroso, vano, pues basta que el hombre sepa que está vivo para que *tenga* que saber que morirá. Y es precisamente porque no puede desconocer esto, que se ha forjado la ancestral fantasía de la inmortalidad: el ineludible reconocimiento de su condición finita, por el dolor y la angustia que le producen, lo lleva, gracias a su poder de forjarse ilusiones, es decir, productos imaginarios satisfactores de sus más caros e íntimos anhelos, a representarse que él es una criatura especial para quien la muerte no está hecha, pues algo inmortal suyo siempre prevalecerá.

Esa antiquísima fantasía de la inmortalidad, esa férrea ilusión que le lleva a decir y a creer que “la muerte no tiene que ver conmigo”, ha encontrado en el curso de la historia diversas formas de expresión y de renovación, desde la magia y la brujería, pasando por la religión, hasta la ciencia y la técnica que en la actualidad son las depositarias de la ilusión del hombre en que la muerte será anulada. Es una gran paradoja de nuestra época: la ciencia y la técnica vueltas objeto de fe, de esa fe que el hombre ancestralmente tiende a colocar en cualquier medio que le permita negar su condición mortal. Hoy, a la ciencia y a la técnica se les pide que derroten a la muerte y a cambio se les da trato de nuevas religiones, y a sus oficiantes — piénsese en el caso de la medicina — se les da el estatuto de nuevos omnipotentes. Pero, para desazón de la época, la ciencia y sus practicantes no pueden dejar de defraudar a raíz de su renovado fracaso ante la muerte. No obstante, en lugar de aceptar la limitación del ser humano frente a ese amo absoluto que ésta constituye y de reconocer la mediocridad de nuestros conocimientos para detenerla de manera radical, se prefiere apelar al recurso de desterrarla del lenguaje para, en una especie de nominalismo redivivo, suponer que si no se nombra no existe. Véase la patética escena de encubrimiento que se protagoniza en torno al lecho de quien se encuentra en las postrimerías: el moribundo finge que no sabe, sus allegados hacen como que la amenaza no existe y el médico oculta la verdad. Hoy se prefiere la farsa de la negación de la muerte antes que la tragedia de aceptar que estamos destinados a ella de manera inevitable.

La decidida negación de la muerte que hoy se impone como actitud dominante, produce como uno de sus efectos más resaltantes una acentuación de la soledad desde la cual el hombre de nuestros días pasa por el trance de morir, pues si nadie — ni siquiera él, por lo menos ante los demás — quiere aceptar que esto es lo que de verdad está pasando — que no está enfermo, sino que está muriendo —, entonces nadie lo acompañará en lo más verdadero e importante que le está sucediendo, pues la comunicación en torno a este hecho — precisamente el más significativo para él — es la que está vedada por el interdicto que pesa sobre la muerte. Esta retirada de los demás, que deja a quien está en el proceso de morir solo ante su realidad — por más que los otros, más preocupados por promover temas “distractores”, no abandonen el entorno del lecho —, redobla esa soledad que ya de por sí caracteriza al hombre de nuestro tiempo, dado el alto grado de individualización que la cultura moderna promueve en cada ser humano. El individuo de nuestros días se presenta separado de la sociedad por una frontera que deslinda un mundo interior íntimo, secreto, que no se expone, de un mundo exterior ajeno, extraño, incluso amenazador. Por tanto, la soledad del hombre actual no es sólo el efecto del abandono de los otros, sino también de un movimiento de retirada del propio individuo hacia su interior, de una tendencia suya al aislamiento. De aquí que el individualismo de nuestra época afecte la posibilidad de reciprocidad y apertura a los demás, esto es, la capacidad de sentimiento por el otro, resultando de la conjugación de la inclinación a la separación con la caída del sentimiento por el otro, una causa de la muerte en soledad que caracteriza al ser humano de nuestra época.

Pero está dicho que, más allá del aislamiento en que se deja actualmente al moribundo, por más deseo y voluntad de acompañarlo que haya, hay un punto irrebalsable que imposibilita estar con él en el acto último de franquear la muerte. Soy yo quien va a morir y nadie puede dar ese paso por mí. Es duro reconocerlo, pero es una verdad que se impone: nadie puede morir por uno ni con uno: en eso estaremos irremediamente solos. Y, sin embargo, aunque en última instancia el tránsito postrero siempre encuentre al hombre en la soledad extrema, es posible propiciar durante buena parte del proceso de morir una compañía efectiva y concreta, bajo la condición, eso sí, de que se reconozca que la muerte ha empezado a sentar sus reales de manera irreversible. Cuando se mantiene a la muerte apartada de la conciencia, los allegados tienden a cerrar los ojos ante su presencia y el moribundo deja de ser

el epicentro de una vivencia intensa y decisiva que amerita un estrecho vínculo con los suyos, en el que prevalezcan sus intereses por encima de la familia, de los médicos o los de cualquier otro tercero, incluido que su interés sea no ver su vida indebidamente prolongada a costa de dolores incontrolables o de degradaciones físicas o espirituales insoportables. Ser tenido en cuenta en lo que ahora es y desea, y ser respetado en lo que ha sido y hecho, es la mejor manera de lograr que quien está próximo a partir se sienta acompañado. Hay una relación entre el modo de vivir y el modo de morir en función del sentido que el individuo logró para su vida y su muerte, sentido que, a su vez, será la garantía o no del único lugar de sobrevivencia que podrá tener: la memoria de los otros. De ahí que la mejor compañía que pueda recibir el moribundo es la que le depara la certeza de que no ha perdido significado para los demás, ese significado que logró gracias a la obra de su vida, y por eso, aun ahora — y sobre todo ahora — en que ya expiran sus fuerzas, es tenido en cuenta en sus deseos, intereses y necesidades.

Para todos, morir será una novedad absoluta. No se aprende a morir, no se sabe de ello por experiencia ajena, no hay preparación ni reglas para encarar este trance. Cuál será nuestra actitud al morir es algo que no podemos prever y que sólo sabremos en el momento de su acontecimiento. Estrictamente hablando, no se puede uno preparar para morir como quien aprende técnicas y procedimientos; tan sólo se puede aspirar a tener capacidad de resignación y aceptación ante esta muerte que va llegando y que, de todas formas, no nos perdonará. Que morir es algo inédito para cada uno quiere decir que nadie podrá expresar en el momento de su suceso: “Ah, sí, para esto me preparé y así era como me lo imaginaba”. Siempre morir será imprevisto porque será el paso del todo de la vida (así sea la de un anciano) a la Nada, y perderse en la Nada es algo que nadie ha experimentado ni podrá jamás anticipar como experiencia que otro le transmita ya que, por lo dicho, nadie puede reclamar detentar esa experiencia. Es paradójico: que se tendrá que morir es algo que todos decimos fácilmente — aunque muy pocos sean los que asumen de verdad estas palabras para sí —, pero del morir nada podemos aprender y de la muerte nada podemos decir. Un acto común — por la “normalidad” con que se presenta en el mundo — se constituye en lo más ignoto e inefable para el hombre. Morir es como nacer: un acontecimiento frente al cual cada uno es un neófito que no podrá repetir la experiencia ni transmitirla a otro y, más bien, como el individuo no ha vivido la muerte actúa como el que no la vivirá, lo

que acentúa el carácter de sorpresa que tendrá invariablemente para él este hecho supremo. Y si se ha dicho por Montaigne que “filosofar es aprender a morir”, se ha de precisar que el único aprendizaje que nos es posible con la muerte es nuestra resignación ante ella y que la filosofía, en este sentido, es el espacio en el que el ser humano accede a la aceptación de que ante lo imposible sólo queda resignarse.

Cuando se niega la muerte, no sólo se niega la propia sino la del otro en tanto ésta siempre opera como un mensaje que nos dice: “Tú también estás destinado a morir”. Negar la muerte del otro (ilusionarse en que él sigue siendo, aunque sea en el “más allá” y de forma intangible) no sólo nos rinde el beneficio de hacer más tolerable su ausencia, sino que nos economiza la angustia de tener que aceptar nuestra propia muerte, pues si el otro no muere nosotros tampoco estamos destinados a morir. Ése ha sido el valor que ha tenido siempre la ilusión de un “más allá”: que le ha quitado al hombre la pesada carga de tener que aceptar la muerte como esa fuerza que liquida la única vida que podemos poseer; en cambio, si hay un “más allá”, algo del ser humano se declara como perenne y propiamente ya no habrá muerte sino simple cambio de estado de eso eterno en él. La capacidad de fantasía se pone, como siempre, al servicio del principio del placer y configurando el mundo del “más allá” le permite al hombre la ilusión de que no hay muerte, lo cual le economiza la angustia que le producen la suya y la de sus seres queridos.

Pero si el ser humano no se entrega a la ilusión y acepta la verdad de su destino mortal, entonces ya no sólo cobra fundamental importancia la vida que hace, sino la forma en que se realizará su fin. Su forma de morir, de decir adiós para siempre, se vuelve un elemento integrado al valor que le ha dado a ésa su existencia única y, por ende, se constituye en asunto pertinente a la dignidad de su ser. En función de esta dignidad está lograr una muerte propia, es decir, que de su muerte no se apoderen los médicos, los familiares, los sacerdotes o las instituciones, y que le sea dado morir a tiempo, con decoro y sin dolor. El ser humano tiene una imagen y una valoración de sí que lo hace ser pudoroso, lo cual determina que para él cobra importancia una estética de su propia muerte, lo que quiere decir no aceptar morir de cualquier manera y no tolerar una degradación física, ética o intelectual de la imagen que labró de sí mismo.

Hoy, ningún ser humano debe aceptar el dolor físico o el sufrimiento moral sin preguntarse la causa y el sentido del mismo, de la misma forma en que

debe reclamar el derecho a una muerte digna y a morir en paz. La humanización del fin del hombre comprende buscar el alivio físico y moral de los moribundos, impidiendo a toda costa el ensañamiento terapéutico que hace pervivir al individuo a ultranza sin importar el sentido que para su vida y para su ser tiene el proceso por el que atraviesa quien se aboca a la muerte. En tanto la vida humana no es asunto de mera cantidad temporal, sino de calidad existencial, el hombre tiene derecho a reclamar el fin de sus días cuando su vida ya no posibilita una comunicación efectiva y una apropiada interrelación afectiva, cuando ha perdido su expresión intelectual y se ha quedado sin una mirada sobre sí, sobre el mundo y sobre los demás. Degradada su vida a estos términos, el ser humano de nuestro tiempo tiene derecho, según una decisión particular y privada y en concordancia con su deseo, a que se le ofrezcan los medios para que sin dolor, acompañado y asistido y según su estética de la muerte, pueda poner fin a sus días cuando lo considere lo mejor.

Que el ser humano asuma su muerte como algo propio y en consonancia con su dignidad es lo que queda consignado — y discúlpeleme la referencia personal — en las palabras de mi padre cuando en el lecho de muerte y para acompañar la expresión de su deseo de anticipar su fin, dijo: “No me da miedo la muerte; lo que me produce es mucha tristeza dejar de vivir, pero sé que tengo que morir y, en todo caso, prefiero morir a seguir viviendo así”.

V

Muerto es aquel que saldó su deuda con la naturaleza y dio todo de sí. De quien ha muerto se constata el carácter único e irrepetible de su ser y lo irreparable de su ausencia (al margen de la grandeza o mediocridad, de la realización o del fracaso de su vida), al tiempo que se reconoce que si está muerto es porque, de manera absoluta, está en la imposibilidad de responder y de promover expresión alguna, lo que niega para siempre cualquier comunicación directa y personal con aquel que fue y ya no es ni será nunca más. Muerto es el que ha pasado, sin retorno posible, el umbral del no-ser. No hay regreso de la muerte; incluso quienes se dan a la fantasía de que fueron a la muerte y volvieron de ella no tienen más descripción de ese supuesto “más allá” que mostrarlo como un “allí” en el que no sucede nada; mejor dicho, no

describen nada porque todo en dicho “lugar” es amorfo y espurio, siendo estrictamente un no-mundo.

Puesta exclusivamente en este único mundo, la humanidad es una aventura que suma muchísimos más muertos que los vivos que están en pie. Miríadas de humanos han estado en el mundo y lo han dejado para siempre, mientras los vivos actuales hacen el eslabón que más temprano que tarde dejará su lugar al próximo, permitiendo así que la cadena de la especie se mantenga aún por un tiempo indefinido, pero de seguro limitado. Efectivamente, formada por más muertos que vivos, ninguno de aquellos ha “vuelto” para hablarnos — de manera indiscutible — de ese “más allá”, de tal forma que en verdad revelara lo que es ese “otro mundo” que algunos suponen, pues los testimonios de quienes dicen haber tenido la experiencia de volver de la muerte se reducen a mencionar tres o cuatro trivialidades — un túnel, una gran luz al fondo, gente vestida de blanco, una fuerza que atrae, etc. —, que en los hechos nada dicen y dejan la impresión que ante el tamaño de los misterios y enigmas que siempre ha suscitado la muerte en los hombres, esas pueriles “revelaciones” no son sino testimonios caricaturescos, ya que del gran secreto que sería el “más allá” finalmente nada terminan divulgando y terminamos sabiendo nada de nada, pues todo se reduce a un mundo amorfo, sin acontecimientos ni procesos.

A quien ha muerto lo hemos perdido para siempre y prácticamente del todo, pues ni siquiera ese poco de “presencia” suya que alcanzamos con el recuerdo nos permite recuperar lo que fue, pues él fue en el pasado y el acto de recordar es un tiempo presente, es decir, ya es un tiempo extraño a aquel en el que gozamos de su presencia real. En este sentido, ni siquiera en el recuerdo es posible revivir a quien hemos perdido, pues el tiempo pasa y con este pasar se llevó para siempre lo que fue. Por esto mismo, vivir es un riesgo: implica que lo que hemos hecho y lo que hemos sido es irreversible y no lo podemos retomar por segunda vez para realizarlo mejor, de la misma manera que, imparable en su devenir, agotamos la porción de tiempo que nos cabe en suerte vivir y que un día, al cesar para nosotros, nos arrojará a la condición de muertos para siempre. De ahí que ante esa evidencia de la partida para siempre de un ser querido, que es su cadáver, nos embargan el desconsuelo y la desolación; lo primero, porque alcanzamos a sentir que nada reparará su ausencia, lo segundo, porque percibimos que con su partida nos ha abandonado y nos ha dejado solos.

Desconsolados, desolados y atemorizados por la desaparición de sus seres cercanos, los hombres ritualizaron su respuesta a esta partida tratando así de aliviar su dolor y de domesticar la muerte. Mas nuestra época en esto será particular, pues tratando de olvidar la muerte — fórmula de solución que encontró entre la crisis de sus fundamentos trascendentales y la incapacidad de asumir su finitud — ha reducido radicalmente la duración del ritual y del duelo exterior y se ha decantado por procedimientos simples y eficaces que rápidamente borran toda presencia de la muerte y que permitan que casi sea “como si no hubiera llegado”. Buscando evitar tener que encarar la muerte y tratando de deshacerse de sus incómodos signos, hoy se saca de la casa familiar al moribundo y se le traslada al hospital, igual que también se saca de allí al cadáver destinado a la sala de velación y mientras del moribundo se ocupa el médico, del cadáver lo harán los profesionales de su manejo, dispuestos por la casa funeraria. Y para redondear esta actitud de eliminación de los signos de la muerte, la cremación se encarga de borrar los rastros del muerto, que anteriormente el cadáver sepultado hacía perdurar durante un tiempo significativo.

Si la finitud quiebra el perseverante esfuerzo de una existencia para proveerse de sentido, el hombre trasciende su cadáver con las realizaciones de su vida que logran inscribirse en el ser de quienes le suceden, de tal forma que más allá de su muerte un hombre es su obra; materialización que, sin embargo, no puede desconocer la categórica verdad de que su hacedor ya no goza de nada, o más lapidariamente, que ya es Nada. Cruel paradoja: sin el ser humano que la realizó, una obra no tendría lugar, pero ella no necesita de él para seguir, de tal manera que su hacedor desaparece mientras que su obra puede continuar. Ya no hay Platón que goce la vida, pero de una u otra forma muchos seres humanos, lo sepamos o no, somos platónicos. O para decirlo de manera más simple: la cicuta mató a Sócrates, no al socratismo. Pero en esta misma línea de reflexión, hay que decir que la normalización de la muerte y el pronto olvido del muerto, que son características de nuestra época, son consecuencia del poco sentido que éste marcó sobre sus sobrevivientes o de la negativa de éstos, por cobardía ante el dolor y la angustia que les acarrearía, a reconocer la significatividad irremplazable que representaba para sus existencias aquel que ya no está(rá) más.

La partida de alguien dejará la marca del dolor y del recuerdo en quienes le sobreviven cuando con la muerte de aquél se pierden posibilidades vitales de

éstos, cuando su ausencia hace desaparecer a alguien que tenía una escucha y una palabra para la vida de los otros y constituía un punto de referencia para quienes quedan después de él en la aventura de la existencia, cuando era una fuerza activa capaz de renovar sentidos e introducir posibilidades en aquellos con quienes entraba en comunicación; en pocas palabras, cuando su ser era una potencia significativa para los demás. Como dice Estanislao Zuleta: “La muerte de otro es terrible sólo cuando es en parte la muerte nuestra, cuando hay algo que pudo haber sido en esa relación y que ya no se podrá lograr. Con cada muerto con el que hubiera podido haber una posibilidad cualquiera por medio de la amistad, del amor, de una lucha, de una comprensión, de la búsqueda común de algo desconocido, la muerte del otro es una muerte propia también”. En esta medida, si quien ha muerto sólo “vive” en el recuerdo de quienes le sobreviven, su presencia allí será proporcional a la marca que ha tallado en vida en el ser de quienes permanecerán después de él.

Pero también hay muertos tristes y lamentables: los que no dejan nada tras de sí. Cuando se ha vivido buscando sólo la corroboración de la opinión ajena y no construyendo relaciones personales y sociales dotadas de sentidos enriquecedores, será apenas lógico que la respuesta a su muerte sea burocrática, formal y enmarcada en rituales carentes de sentimiento efectivo y sincero. Incapaz de impactar con su muerte el ser de los otros, éstos la tomarán según una convencionalidad vacía y carente de una sensibilidad cierta. Por el contrario, quien ha vivido una vida cargada de sentido, intensidad y compromiso, incluso con su muerte cuestiona el ser de quienes le sobreviven y lo valoraban.

VI

Sólo se muere una vez y esto lo sabemos porque sólo se vive una vez. El hombre vivo sabe que es alguien que está inevitablemente destinado a perder todo lo que es frente a ese amo absoluto que es la muerte y que lo vivido no lo volverá a vivir nunca más. Quien está vivo procede, en su nacimiento, del no-ser y, con su muerte, retorna a la Nada. Sabe que viene de la Nada y volverá a la Nada, siendo así su existencia no más que un efímero paréntesis en la continuidad de esa Nada. Por eso, si la existencia humana es una aventura, es una curiosa aventura de la cual ya se conoce el desenlace. Y el final de esta aventura de existir es el mismo para todos: terminamos mal. Pero no le queda

opción a este aventurero que es el hombre, pues debe emprender la tarea de realizar su vida contando con ese mismo tiempo que, en cuenta regresiva, un día lo des-realizará. Si, como dice Bataille, “el hombre sufre de no ser todo”, su esfuerzo por aliviar de raíz este sufrimiento siempre será en vano, ya que nunca podrá realizarse plenamente y esto porque en vida siempre será un juego de posibilidades en mora de actualización y su muerte no será la realización de esas posibilidades, sino que será su simple y llana liquidación.

El carácter de aventura de nuestra existencia estipula, entre otras cosas, que estar vivo o seguir vivo es un asunto que no podemos dejar de atribuirle al azar; que el mañana, ni siquiera el ahora, está garantizado porque la muerte es posible en todo momento: está a un coágulo de sangre en la arteria, a una falla de la sístole y la diástole. Siempre pendemos de un hilo, lo que no quiere decir que tengamos que vivir a toda hora como un moribundo; más bien, a partir de constatar esto, apresurarse a vivir, en el sentido de disponer de la vida lo mejor posible sin dilación alguna, asumiendo como algo serio su condición de aventura, de juego abierto y tratando de aprovechar al máximo sus posibilidades en este pequeño intervalo que se nos da en la eternidad del tiempo. Mejor dicho: porque moriremos debemos tener sed de vivir, porque en cualquier momento la muerte tocará nuestra puerta la vida debe ser afirmada, cualificada, gozada...., y hacerlo asumiendo que en tanto ser humano cada uno es singular y raro y, por tanto, precioso e inestimable: único entre toda la humanidad de todos los tiempos.

Candidato permanente a morir, el hombre sabe — aunque no le guste saberlo — que su futuro tendrá término, que la muerte es el extremo de su futuro y que éste es cada vez menos en tiempo. Carcomido por el paso del minuterero, horadado por el topo del tiempo, el ser humano tiene que asumir que es un ser de duración limitada. Pero saberse limitado en el tiempo hace que ese momento a partir del cual ya no se será más, a partir del cual ya no habrá precisamente más tiempo para él, ejerza de rebote una acción cualificadora sobre su presente y sobre su vida aún por vivir. Pero, de todas maneras, al hombre le cuesta aceptar que está condenado a terminar y, en todo caso, suele desear que la muerte retarde su llegada — es la única meta a la que no se quiere llegar, por lo menos mientras no haya un deterioro de las condiciones físicas y espirituales de la vida — y que le permita extender lo más posible su paréntesis en la Nada. Saberse mortal es un saber que el hombre no quiere saber y por eso tiende a no tomar la muerte en serio, a

despreocuparse de ella, aunque en su fondo más íntimo sabe que no lo perderá de vista.

Frente a esa muerte que nunca deja de acosarlo, el hombre intenta levantar una fortaleza —el *yo*—, que gusta imaginarse a sí misma como omnipotente, pero que finalmente siempre tiene que delatar su vulnerabilidad. Ese *yo* desde donde el hombre se reconoce como irremplazable e incomparable, constituye con su desaparición la tragedia de tragedias para él, pues detiene para siempre la vigencia de su nombre, pero, además, ese mismo *yo* es el que le hace percibir que su muerte es sólo suya y que es impasable a los demás, quienes sólo podrán sensibilizarla en proporción a las identificaciones que hayan procesado con él. Agobiado por esa muerte que los deshará sin consideración a lo que hizo, el *yo* intenta preservar su supuesta invulnerabilidad representándose imaginariamente como inmortal o haciendo de asuntos como el poder, el dinero o el saber recursos para alimentar su anhelo de omnipotencia, aunque al final tendrá que aceptar que no fueron sino vanas maneras de sostener la ilusión de derrotar su muerte.

Jamás podré conjugar en pasado mi muerte: nunca sabré que morí. Sólo lo sabrán los demás. Lo único que puedo saber de mi muerte es que moriré. Y es un saber que se me impone por más que no quiera reconocerlo. Pero ahí, para que no lo olvide, está el tiempo haciendo su trabajo de zapa en mi cuerpo, laborioso, persistente, llevándome imperceptiblemente a la muerte por la vía de la enfermedad o por la de la vejez. Pero no tengo escapatoria y un día ahí estará para decirme que es el último. Y que no la sienta, que no quiera pensarla, no me libra de que la cuenta a favor de la vida sea cada día menor hasta que alguna vez estará en cero. Entonces ya no habrá más cuenta: ni a favor ni en contra. Simplemente, no habrá nada.

En aras de la valoración de su vida — y por difícil que le sea — al hombre le conviene tomar conciencia, respecto de la muerte, de que es cierto que vendrá, que sucederá de veras, que acaecerá en un tiempo preciso y en un momento justo y que tendrá que ver con él, que su ser mismo está conminado a perecer. Asumir esto permite que cada día se tome en función no de dilapidarlo, sino de realizar y agotar sus posibilidades y propicia que el hombre despliegue el hacer correspondiente con un deseo de ser que se pone en marcha y que establece que, mientras llega la muerte, vivir es un obrar que sepa ganar en intensidad y significación. La certeza de que morirá pero la incertidumbre de cuándo será, le deja al hombre el campo abierto para una

acción renovadora de su vida y hacedora de su destino, siendo en consecuencia responsable, en buena medida, de la amplitud, profundidad y riqueza que llegue a alcanzar su existencia, pues sin desconocer determinaciones sociales, culturales y paternas, el ser humano es producto de la acción con la cual se forja a sí mismo lo que es. En esto estriba su libertad y por tanto, en tal sentido, sólo es libre, es decir, capaz de elegir y hacer la vida que mejor le parezca, quien reconoce y acepta su destino mortal. Libre es quien asume que un día no será, pero que en tanto aún no llega ese día trata de lograr lo que desea ser. Y poder ejercer esta libertad es, sin duda, poder alcanzar la mayor felicidad que le es permitida al hombre: la que tiene que ver con las realizaciones del ser y no con las meras sumatorias del tener.

Tal vez la acusación mayor que se le puede hacer a quien ha contado con la fortuna de llegar a la existencia es haber dejado inexploradas las oportunidades que le fueron concedidas en suerte, de la misma manera que una fuente del sentimiento de culpa para el hombre es no haber estado, por cobardía o por desidia, a la altura de esas posibilidades propias, porque eso equivale a haber malbaratado una vida que ya no podrá repetirse. De nada somos tan culpables, ante los demás y ante nosotros mismos, como de haber dilapidado la vida. Y no cabe duda de que todas las formas de la vida que se basan en la muerte del deseo o en la cobardía para luchar por realizarlo, son formas de dilapidarla.

VII

El tiempo, en su infatigable correr, arrastra para el hombre la agobiante certeza de que su regreso es imposible. Al tiempo pasado no lo podemos recuperar sino simbólicamente, pues en lo real de su acontecimiento está irremediablemente perdido. Pero ni siquiera en la memoria el tiempo vivido es lo que fue, pues el hecho de recordarlo hace que ya quede refractado por la estructura del presente mismo que intenta recuperarlo. Es que recordar es una operación del presente que, quiérase que no, aprehende lo que fue desde la perspectiva de lo que ahora es. Puesto nuestro ser en el río del tiempo, la vida se nos va yendo, incontenible, hacia la muerte, se nos va escapando como el agua entre los dedos. El tiempo nos enferma de muerte. Es lo que nos muestra el paso de los años: con él la decrepitud y la muerte afloran a nuestra piel, en

un proceso que si, de un lado, nos deja la percepción de que el tiempo contenido en los años sumados “es mucho”, de otro, nos deja la sensación de que la vida ha sido en exceso breve y que, en todo caso, pasó como un relámpago. Desgaste por el tiempo del que el hombre se desapercibe hasta que un día, cuando menos lo piensa, ¡zas!, el espejo le devuelve un rostro que se ha arrugado. La arruga es una alusión al destino que lo aguarda, es una metáfora de la muerte y, por eso, angustia. A partir de ese momento toma en serio que morirá, porque envejecer es tanto como la muerte diluida que va buscando su densidad final.

Ya he dicho antes que el tiempo en su pasar afecta al ser humano en dos formas simultáneas: como ser, en tanto posibilita su realización, y como no-ser en cuanto lo aproxima a la muerte. Ese lograr y perder al unísono que determina el paso del tiempo puede, sin embargo, respecto de las edades de la vida, desglosarse en función de una primacía, permitiendo decir, entonces, que mientras se es joven se impone que somos logros, en tanto que cuando somos viejos somos pérdida. Por eso, más allá de todas las idealizaciones compensatorias con las que se quiere revestir la vejez (“época de la sabiduría”, “calmo otoño de la vida”, “tiempo de atemperación y suavidad”, etc.), ésta es ese naufragio paulatino en el que el hombre percibe la muerte de manera cada vez más acentuada. Viejo es ese ser humano que roza la muerte y que recibe de ésta, como anticipo de su golpe extremo y demolidor, la cesación progresiva de sus recursos físicos y espirituales, el desgaste incesante de sus facultades corporales y mentales. Y para el envejecer no hay esperanza de remozamiento; al contrario, cada día que pasa — y hasta que llega el último — el desgaste se acentúa. Por eso es falsa la imagen de la vejez como otoño de la vida, pues en la naturaleza al otoño le seguirá una nueva primavera mientras a la vejez sólo le aguardará la Nada. De aquí que, respecto a la vejez, es mejor no andarse con eufemismos: se podrá hacer una vejez digna, pero en sí mismo envejecer no tiene nada de bello ni de envidiable.

No envejece uno un día; envejece en la serie de los imperceptibles días que ha transitado en la vida. El tiempo desgasta el cuerpo pero nuestra conciencia está hecha para desapercibir, en la medida de lo posible, esta realidad, hasta que llega un momento en que no se puede sostener más el mentís y entonces hay que asumir que envejecer es un acontecimiento efectivo, que tiene que ver con uno y que sitúa a la muerte en un futuro próximo, pues reconocer la vejez en uno es saber que el más difícil de los adioses, el adiós para siempre, está

cerca. Para seguir con el contraste, si joven es aquel que tiene la muerte a distancia, viejo es quien se aproxima a la distancia cero con respecto a la muerte. Pero, precisamente por estas distancias tan diferentes que los separa del fin — en una época que nada quiere saber de la muerte y siendo el viejo el que limita con ésta —, se produce una brecha entre las generaciones que tiene una ribera en la idealización contemporánea de la juventud y, la otra, en el marginamiento del que es objeto el anciano de nuestra época.

Efectivamente, la angustia que hoy nos produce la representación de la muerte, al punto que ésta se ha vuelto tabú para el discurso personal y objeto de una censura que otrora recaía sobre ese ya hoy lícito tema que es la sexualidad, se agrava en nuestra época por la ruptura que se da entre las generaciones, que hace que en los tiempos actuales la generación que alcance el estadio de “mayor” percibe que la generación “menor” la desconoce, la devalúa y busca olvidarla. Por tal razón, el drama moderno es que cada generación se asume como un eslabón inconexo con el pasado, al que desconoce olvidándolo, y con el futuro, en el que será desconocido por el olvido que caerá sobre él, lógica ésta que hace más rotunda e implacable la muerte, pues liquida ese poco de esperanza contra ella que ofrece el recuerdo y lanza a un olvido que consuma la desaparición total del ser, que acaece cuando éste ya no queda ni en la memoria de los sobrevivientes. Olvidar a un ser querido es operar una segunda muerte sobre él: es matar en el recuerdo a quien la muerte ya ha matado. Es el acento que pone la modernidad al drama de nuestra muerte: una sociedad que no sabe reconocer ni respetar su condición de eslabonamiento histórico se vuelve una violenta máquina productora de rápido olvido, con lo cual la obra de una vida, como recurso contra la muerte, se devalúa, quedando el hombre sin defensa alguna contra ésta y entregado al pavor del olvido inmediato y eterno.

Las edades de la vida son momentos del tono vital y establecen relaciones diferentes con el tiempo, de tal manera que se puede decir que joven es quien tiene poco pasado y mucho futuro, que un hombre maduro es quien tiene tanto pasado como futuro y que viejo es quien tiene mucho pasado y poco futuro. Por eso, envejecer es tener que acortar cada vez más los proyectos, es esperar cada vez menos logros y, en consecuencia, es tenerse que afirmar de manera decidida en el presente. Que quien envejece piense su fin inminente, puede angustiar, pero también le permite establecer prioridades en un tiempo que le es cada día más escaso. Y este acortamiento temporal carece de solución, pues

si uno de los progresos de la medicina ha sido desplazar la muerte hasta una muy avanzada edad, no por eso depara la inmortalidad. La medicina alarga la vida, no derrota la muerte. Pero, planteando las cosas a la inversa, hay que decir que el envejecer es originario en el ser humano, en tanto que independientemente del número de años que guarde nuestra piel, siempre habrá ya cosas que han dejado de ser posibles para nosotros, momentos y hechos pasados e irreversibles. De alguna manera siempre somos viejos para algunas cosas, porque vivir es un avanzar-hacia-ser a costa de dejar-de-ser de forma inapelable. La vejez, pues, no es sólo lo que está al final del camino; es también lo que se nos da a todo lo largo de él, aunque reconocer esto no equivale a igualar todas las etapas de la vida, pues es evidente que las postrimerías de ésta son un pronunciado acrecentamiento de la experiencia de dejar-de-ser.

Vivir es caminar logrando algo en el camino, pero el destino será nuestra destrucción. Sabiendo que al final perderemos, vamos ganando lo que podemos mientras se nos da la vida y tejemos laboriosamente un sentido contra esa verdad inevitable de la muerte que hará triunfar el sin-sentido de la Nada, de esa Nada en la que ya no hay ser que acometa una dirección y produzca una significación. Frente a esta absurdidad del morir, dos razones, no obstante, se erigen como afirmadoras de la vida: una, gozar al máximo el tiempo de nuestra existencia y, dos, transmitir la dicha de vivir a quienes nos sucederán. Para lo primero, el hombre debe contar — y ojalá desde temprano — con que su desgaste físico en el tiempo se puede acompañar con la cualificación espiritual que pueda ser lograda al paso de los años y con el hecho de que si su cuerpo declina su deseo de ser puede perseverar, por lo menos mientras sus facultades básicas se puedan mantener. Por eso, envejecer también se corresponde con la existencia que se haya sabido hacer a lo largo del tiempo vivido y, en esa medida, no es sólo época de perder, también puede ser tiempo de relativas realizaciones — y por tanto de algo de goce y de dicha —, pero cada vez más circunscritas al universo único que le va quedando al anciano cuando las fuerzas físicas lo abandonan — contando con que no haya un daño que afecte sus funciones mentales—: el universo espiritual, es decir, esa dimensión del ser en la que el lenguaje nos vuelve sensibilidad, sentimiento y pensamiento, y en la que se reúne la riqueza simbólica que hayamos sabido conquistar a lo largo de nuestra historia personal.

Por eso, por lo que han hecho con su vida en el transcurso del tiempo, es que hay ancianos que tienen con qué proseguir búsquedas, realizar conquistas, dar a los demás, recibir de ellos, ser interesantes, vivir sus horas — sus ya escasas horas — con intensidad y sentido, pero también, porque han dilapidado su vida, hay ancianos vacíos, pesados, condenados al tedio y a la desesperación, carentes de todo interés para los demás y de cualquier promesa con respecto a sí mismos. En tal medida, cada cual se da la vejez que le posibilita la historia que supo desplegar, cosa por completo distinta a la ingenua creencia en que la mera edad cronológica depara sabiduría y experiencia. De todas maneras la vejez es un tiempo difícil, pues más allá de la riqueza espiritual lograda, la decadencia física es un doloroso hecho que impone serias e ineludibles restricciones al anciano. Los huesos se debilitan, las arterias se endurecen, los músculos se reblandecen, el tronco se encorva, las fuerzas se agotan; no, nada hay de encomiable en esto y, sobre todo, nadie lo puede soslayar, así en unos el declive físico sea menos pronunciado que en otros.

En todo caso, al margen de si se es joven o viejo, tener conciencia de la muerte es conveniente para tratar de vivir lo mejor posible el tiempo del que se puede disponer. Recordar que la muerte no abre ninguna puerta sino que cierra una vida, permite valorar mejor ésta y, en consecuencia, devolverle a la vejez el estatuto de tiempo no deseable pero digno, difícil pero respetable, superando el tono vergonzante que hoy caracteriza a esta edad de la vida y la actitud de rechazo y aislamiento que actualmente pesa sobre ella. Pensar y hablar más de la muerte, dejando atrás el silencio que hoy se impone y con el cual se quiere desconocer la irrefutable verdad que ella constituye, es, entre otras cosas, posibilitar al joven que supere la ingenua certeza de inmortalidad en que se enajena, permitiéndole así que comprenda al anciano y se relacione con él no como con un extraño, sino como aquel con quien se identifica en la misma condición de ser humano trabajado por una muerte que tarde o temprano llama a cada uno, sin excepción alguna, a saldar cuentas definitivas.

Epílogo

El ser humano es un hábil inventor de maneras de engañarse a sí mismo y de negarse a reconocer sus verdades más esenciales y difíciles, por ejemplo, la de la muerte, frente a la cual cree que sellando la armadura del *yo*, repitiendo y conservando sus formas, oponiéndose a toda transformación, podrá lograr superarla y declararla inexistente respecto de él. Y, sin embargo, la muerte no sólo es ineludible para el hombre, sino que es elemento determinante de sus contenidos vitales. Como alguna vez respondió en la Universidad Nacional nuestro querido y siempre recordado *Toño* Restrepo, con ese desparpajo crudo y realista que a veces emanaba de su profunda sensibilidad vital, a la pregunta de qué prescripciones le habían formulado por la enfermedad que hacía poco lo había tenido en ciernes de morir: “Los médicos me dijeron que no viviera para que no me muriera”. He ahí, expresado sin rodeos, un rasgo distintivo del ser humano: no vivimos para sobrevivir — como sí lo hacen los animales —; vivimos para que nuestra vida haga sentido y para que nos depare goce, y eso, el obrar y el gozar, se pagan en cuerpo desgastado y, en consecuencia, en tiempo de duración. Es muy sencillo: porque todo goce es un gasto, el deseo se paga. Es asunto de economía vital: habrá quién pensará que quedarse quieto, subirse a una hamaca, no ingerir una pizca de alcohol, andar con un medidor de calorías determinando si puede o no comer el bocado hacia el que lo inclina su gusto, dormir las horas justas que se le han prescrito para su salud (aunque en esas horas se queden perdidas obras y goces), que eso es vivir, mejor dicho, que vivir no es otra cosa que la obsesión por sobrevivir; pero también habrá quién asumirá que vivir, en el sentido humano de un hacer significativo y de un gozar la existencia, es estar en riesgo, riesgo que no se idealiza sino que se acepta como el ineludible precio que se paga por vivir la vida con pasión, intensidad y profundidad.

Que sea claro: en la última opción de esta disyuntiva en materia de economía vital, no se trata de rechazar el saber sobre la prevención de la enfermedad y el daño, sino de no hacerlo un fin en sí mismo que termina por reprimir y condenar todo obrar y gozar que reclama un gasto del cuerpo. De todas formas, cada cual hace lo que puede con la angustia que le acarrea su muerte y si alguien decide que vivir es aplicarse a sobrevivir, a costa de realizaciones significativas y dichosas que pudieran poner en cuestión la armonía de su “máquina” corporal; mejor dicho, que vivir es, por encima de todo, sostener el cuerpo en equilibrio, eludiendo a como dé lugar ese peligroso desorden que es gozar, nadie podrá objetarle esa decisión en lo que concierne a la realización de su propia vida y a la forjación de su propio destino. Lo que importa, como siempre, en este caso como en el de la otra alternativa, es que sea una *decisión propia* y que se sepa por qué superioridad en términos de existencia se elige esa opción y no la otra, pues quien así procede se hace a su propia vida y crea mejores condiciones para hacerse a su propia muerte, doble condición ésta que, cumplida, refrenda la dignidad de un ser.